



JUAN B. ALTÉS PBRD.

EL TROVADOR

DE

*Sta Teresa*



1727



96/59

26CL

A

t. 145059

c. 1186874



EL TROVADOR DE SANTA TERESA

---



# EL TROVADOR

DE

# SANTA TERESA

POR

D. Juan B. Altés y Alabart, Pbro.

---

SEGUNDA EDICIÓN AUMENTADA

---

Con censura eclesiástica

---



BARCELONA

---

IMPRENTA DE FRANCISCO J. ALTÉS Y ALABART

CALLE DE LOS ÁNGELES, NÚMS. 23 Y 24

1902



EL TROYADOR

SANTA TERESA

---

ES PRÓPIEDAD

---



R.113290





## PRELUDIOS

### I

Ya las cuerdas sonoras  
del arpa de oro templó;  
ya de sus hombros la cuelga...  
¿A dónde va el trovador?  
Sobre su pecho amoroso,  
que para amar Dios formó,  
vibra el amado instrumento  
y esparce harmónico són.  
Suspira... ¿Por qué suspira  
el animoso cantor?  
¿Ama acaso y vive lejos  
la que guarda su afición?  
¿Sueña en lejano castillo,  
donde un tiempo alzó su voz,  
y en donde, al salir, quedara  
cautivo su corazón?

¿Sueña en dorado palacio,  
en donde acaso logró  
desprender de bellos ojos  
suaves lágrimas de amor?

Mas, castillos y palacios  
halla en su paso veloz,  
y en ninguno se detiene  
el amante trovador.

Princesas y castellanas,  
que hermosas y buenas son,  
halla en su largo camino;  
mas no le detienen, nó.

Tierra de Castilla adentro  
va el cristiano trovador,  
y cuanto más adelanta  
por tan hermosa región,  
ánimase más su rostro  
y siente, presa de amor,  
que el corazón le palpita  
como nunca palpitó.

Tiemblan las cuerdas del arpa,  
cual tiembla su corazón:  
¡qué delicados sonidos  
á un tiempo exhalan los dos!

Si queréis saber sus cuitas  
escuchad al trovador,  
que, recorriendo las cuerdas,  
así expresa su emoción:

"¡Oh Teresa, amada mía!  
¿Será cierto que ya estoy  
cerca de tu bello alcázar,  
donde alzar podré mi voz,

y en donde mi amante pecho  
podrá mostrarte su ardor?"

II

—¿Dónde está el solar ilustre  
en que mi Amada nació?  
¿Dónde el espacio sagrado  
en que rayó un nuevo sol?  
¿Dónde el vergel deleitoso  
dó Teresa floreció?—

Esto en Ávila pregunta  
el cristiano trovador,  
así que llega á sus puertas,  
en alas de su afición.

Acompañanle á una iglesia,  
y así que en su nave entró,  
sin decírsele comprende  
que está allí su dulce amor.  
A un misterioso retrete  
el doncel se adelantó:  
si allí se siente dichoso  
bien lo muestra en su exterior,  
pero más claro lo dice  
aún su apasionada voz:

"¡Cuán feliz, Teresa mía,  
en aqueste día soy;  
pues, al fin, dí á mis deseos  
cumplida satisfacción!  
Aquí, mi Amada, naciste,  
aquí tu acento sonó...  
Aun llegan al alma mía

mil ecos que tuyos son.  
Aquí tu alma hermosa y pura,  
radiante de resplandor,  
de los altos Serafines  
los incendios emuló.

Este espacio embalsamaste  
con tu aliento arrobador:  
bien lo dicen los aromas  
que el viento no disipó,  
y que con ansia yo aspiro,  
y me enajenan de amor.

¡Es tu aliento, amada mía!  
¡Cuán dichoso y feliz soy!...

Tú aqúeste suelo pisaste  
cual celeste aparición,  
y rozaste estas paredes  
en alas de tu fervor.

Aun de tu amable presencia  
algo, mucho aquí quedó;  
aquí te veo y no dudo  
en dirigirte mi voz:

”¡Teresa! ¡Teresa mía!  
¿No es verdad que te amo yo?  
¿No es tuya el arpa que pulso?  
¿No eres tú mi inspiración,  
mi delicia, mi consuelo,  
hasta mi gloria y honor?  
¿No es verdad, Amada mía...  
(pido por ello perdón)  
¿no es verdad que también amas  
á tu rendido cantor?”

Estas palabras apenas

la bóveda repitió,  
cuando en tierra, sin sentido,  
demudada la color,  
sobre el arpa medio rota  
el gentil doncel cayó.

### III

A su patria bien amada  
torna el feliz trovador,  
después de haber conseguido  
ver lo que tanto anheló.  
Peregrinas cosas cuenta  
posibles sólo al amor,  
finezas maravillosas  
que su amada le otorgó.  
Asegura que Teresa  
(sin que esto fuera ilusión),  
con regalados coloquios  
á su amor correspondió:  
que su hermosura inefable  
y hechizo cautivador  
por modo miraculoso  
á sus ojos descubrió;  
y que el arpa consagrada  
á sonar en su loor,  
después que ella la bendijo,  
de sus hombros la colgó.

¡Con qué férvido entusiasmo  
canta ahora el trovador  
de su amada la hermosura  
y sublime perfección!

¡Cómo revivir sus gracias  
hace su inspirada voz,  
de las concertadas cuerdas  
al cadencioso rumor!

¡Cómo enardece las almas  
y las eleva hasta Dios,  
celebrando de Teresa  
la santísima pasión!

Si se acerca á vuestra casa  
de Teresa el trovador,  
no le cerréis, no, la puerta  
ni desdeñéis su canción.

A los ecos de su arpa,  
confundidos con su voz,  
sentiréis deleites puros,  
que hacen el alma mejor.

Por paga de sus cantares  
(esta es sólo su ambición)

os pedirá una limosna,  
una limosna de amor:

”Amad, amad á Teresa,  
os dirá, y amad á Dios.”

---



## ¿LA CONOCÉIS?

¡Es ella, sí!... La mística ternura,  
la gracia de esa imagen peregrina  
conozco ya de tiempo;  
el rayo de su cándida hermosura  
muchas veces hirió mi ruda frente,  
y de su habla divina  
el sabroso decir, rico de sales,  
con delicia no poca  
regálame la boca;  
que son sus gracias tales  
cuales nunca allegó mujer alguna...  
¿No sabéis de quien hablo y quién es esa?...  
¿Quién (decid) puede ser sino Teresa?

Rendido de fatiga y de pesares  
por el luchar sin tregua de la vida,  
llegaron á mi oído los cantares  
de un alma celestial, de amor herida.

¡Qué bien, cuánto consuelo  
sentí y mística calma,  
al percibir sus cánticos de cielo,  
que espiran sólo amor, amor del alma!  
Templada por ardientes Serafines  
que habitan del amor la eterna pira,  
¿no oís cómo su lira,  
orlada de jazmines,  
llamaradas castísimas desprende,  
que al corazón se pegan  
y en fuego que no ofende,  
pues todo es suavidad, el alma anegan?

Desfallecer sentía acongojado  
el corazón, ya del desmayo presa,  
cuando el soplo potente y esforzado  
de tu alma percibí, noble Teresa.  
Que el flotar de tu espíritu adivino  
con dulce encanto y con delicia suma  
en el raudal sublime y peregrino  
que fluye de tus labios y tu pluma.  
¿No es tu sér y tu aliento  
el que en medio á tus páginas ondea  
prestándoles calor y sentimiento,  
manantiales fecundos de ternura  
donde el alma se mece y se recrea  
como en ondas de paz y de ventura?

Descienda, sí, encendido  
de tu palabra el rayo sobre el mundo,  
que agítase perdido  
de obscura noche en el horror profundo,



sin la luz celestial que te envolvía  
y en donde te abrevaste, Santa mía.  
Descienda la centella abrasadora  
de tu voz inspirada  
cual saeta que rompe voladora  
los vientos y la atmósfera azulada;  
para encender el mundo que, aterido  
languideciendo inerte  
bajo el frígido manto de la duda,  
se acerca sin tardar al merecido  
abismo de la muerte.  
Enciende tú ese hielo,  
los grillos de ese invierno tú quebranta,  
y rompe el denso velo  
de indiferencia tanta  
que á los hombres oculta el claro cielo.

¡Oh! ven, ven pronto, corazón jigante,  
á elevar este siglo corrompido  
de ese cieno humillante  
en que torpe se arrastra  
poniendo á Dios y el alma en triste olvido:  
y á España que conserva tus memorias  
como el mejor tesoro  
de su antiguo esplendor y de sus glorias,  
ven á empujarla por las nobles vías  
del cristiano fervor y la grandeza  
por donde caminaba en otros días,  
como raudo bajel rico y boyante  
que, abandonando el puerto,  
del mar cruza el desierto  
y de todo bajel marcha delante,

vertiendo en toda playa su riqueza,  
y de lejanas zonas  
recogiendo tesoros y coronas,  
que en el ara de Dios las deposita...  
Así la España fué... ¡Nación bendita!  
¿Qué extraño, si fué aquesa  
la España de la heroica Teresa?

Y serálo otra vez, amigo mío,  
pues renace el espíritu potente  
que atajará con indomable brío  
el despeñado asolador torrente  
que en hondas simas de inmundicia y lodo  
¡ay! amenaza sepultarlo todo.  
Y las almas que ruines  
en la vileza y la impiedad se inspiran  
y del mal á los réprobos confines,  
perdido el seso ¡miseros! aspiran;  
y las almas cobardes  
que del brazo de Dios no esperan nada,  
y mañanas y tardes  
duermen sueño feliz de no turbada  
quietud que á Dios irrita  
y el divino furor aun más concita;  
de Teresa escuchando  
el amante clamor, rico en fe pura,  
y de bienes fecundo,  
espero dejarán la senda impura,  
del sueño despertando,  
y todos seguirán la noble empresa  
de renovar el mundo  
bajo el bello estandarte de Teresa.



## EL PALOMARCITO

### I

Palomicas, palomicas,  
las de nevado plumaje,  
las de mirar candoroso,  
las de arrullos incesantes,  
las de delicados gustos,  
las de tímido carácter,  
las de corazón hermoso  
y puro como el del Ángel,  
las de anhelos infinitos,  
las de deseos jigantes;  
palomicas, palomicas,  
que amáis los limpios cristales  
de los arroyos y fuentes  
que allá en la montaña nacen,  
y gustáis de frescas auras,  
y de flores odorantes,

y de cielos despejados,  
y de estrellas y celajes,  
y de sombras apacibles,  
y de ocultas soledades,  
porque en el mundo se ahoga  
vuestro corazón amante,  
porque ese mundo os parece  
obscura y estrecha cárcel,  
y queréis para volar  
más espacio, más luz y aire:

Escuchad, oh palomicas,  
la amorosa voz, si os place,  
de otra palomica hermosa  
que allá en las floridas márgenes  
del Ebro plegó sus alas  
y en arrullos inefables  
así dice á las palomas  
que comprenden su lenguaje:

## II

— "Venid, venid, palomicas,  
las de nevado plumaje,  
las de mirar candoroso,  
las de arrullos incesantes,  
las de delicados gustos  
las de tímido carácter,  
las de corazón hermoso  
y puro como el del Ángel,  
las de anhelos infinitos,  
las de deseos gigantes:  
venid, venid, palomicas,

á estos amenos lugares  
donde, olvidadas del mundo,  
hallaréis la inagotable  
fuente de amor y deleites,  
paz y ventura constantes  
que el mundo promete á todos,  
pero que nunca dar sabe.

"Venid, venid, palomicas,  
á gustar las suavidades  
y las íntimas dulzuras  
que el corazón satisfacen.  
En medio de verdes campos  
ricos de flores y de árboles,  
bajo un cielo siempre puro,  
del Ebro junto á las márgenes,  
y acariciado por auras  
que mil aromas esparcen,  
un bello palomarcito  
como acaso lo soñasteis,  
os aguarda, palomicas,  
y ya sus nidos os abre.

"¡Ay qué sueños de amor casto!  
¡Ay qué olvido deleitable  
á solas en esos nidos  
vais á gozar, tiernas aves!  
Porque vuestras alas puedan  
con libertad remontarse,  
no os faltará, palomicas,  
clara luz, espacio y aire.

"Aquí en las corrientes aguas  
que brotan sin acabarse,  
os podréis bañar saliendo

más blancas de sus cristales.  
Aquí arrullos de ternura,  
y latidos entrañables,  
y regalados gemidos  
que embargan el pecho amante,  
percibiréis, palomicas,  
sin que lleguen á este valle  
los temerosos bramidos  
de furiosas tempestades.  
Aquí hallaréis, finalmente,  
un corazón... que es tan grande  
y tan rico de ternura  
como corazón de madre."—

### III

Palomicas, palomicas,  
las que entendéis el lenguaje  
de aquella blanca paloma...  
¡Dios os guarde! ¡Dios os guarde!  
Dios os guarde, palomicas,  
cuyo corazón amante  
palpitando está de gozo  
al percibir la voz suave  
que viene de las orillas  
amenas que el Ebro lame.

Dios os guarde, palomicas,  
que sentís impulsos grandes  
de elevar sublime vuelo  
y elevarlo no os es fácil,  
y pugnáis por romper pronto  
los hierros de vuestra cárcel

para volar... volar siempre  
por horizontes radiantes.

Dios os guarde, palomicas,  
y en concederos no tarde  
aquello que tanto anhela  
vuestro corazón amante,  
lo que aviva vuestras ansias,  
lo que gemir tanto os hace,  
lo que veis en vuestros sueños  
y gozáis aunque en imagen,  
lo que del mundo desprende  
vuestros corazones de Ángel.

Dios os guarde, palomicas,  
y os conceda la inefable  
dicha de dar un abrazo,  
como nunca abrazó nadie,  
á la palomica blanca  
que en arrullos incesantes  
os llama desde su nido  
y su corazón os abre  
rico de amor y ternura,  
como corazón de madre.

Cuando estéis en su regazo  
gozando dicha tan grande,  
quisiera yo, palomicas,  
que le dieseis de mi parte  
muchas y tiernas memorias,  
ya que más no puedo darle,  
á la palomica blanca,  
objeto de mis cantares,  
á quien yo llamo: Teresa,  
y vosotras llamáis: Madre.



## SU NOMBRE

Tiemblan las cuerdas de mi lira amante  
al nombre de Teresa,  
como tiembla de amor el aura errante  
si los claveles besa.

Suena ese nombre, que el aroma espira  
de celestiales flores,  
v la en llanto bañada y triste lira  
sueña en blandos amores.

Gemidos de dolor que ayer apenas  
lanzaba ¡ay! sin ventura,  
ecos son hoy de suaves cantilenas  
que embriagan de dulzura.

Ese nombre es la nota desprendida  
del arpa del Querube:  
á sus ecos en busca de otra vida  
ansiosa el alma sube.



Más dulce que la miel de los panales  
percíbelo la boca:  
él temple la amargura de mis males  
si el corazón lo invoca.

Clarísimo fanal que de alta cumbre  
alumbra el mar airado  
y muestra con los rayos de su lumbre  
el puerto suspirado.

De nubes apiñadas denso velo  
en torno me envolvía;  
su nombre pronuncié,... rasgóse el cielo...  
y el sol resplandecía.

¡Oh, con cuánto deleite el labio rudo  
de expresarlo no cesa!...  
¡Sólo el cielo enseñar al hombre pudo  
el nombre de Teresa!

Pronunciarlo también un día quiso  
Jesús, y, no os asombre,  
desde entonces olor del paraíso  
exhala ya ese nombre.

Ni quiso que los hombres más lo usasen  
por suave y peregrino,  
sin que el labio enseguida perfumasen  
con su nombre divino.

*¡Teresa de Jesús!* ¡Con qué dulzura  
lo exhala mi instrumento!

¡Cómo late de amor y de ventura  
al entregarlo al viento!

Mis latidos con sonos van mezclados  
al cielo juntamente,  
como vuelan aromas delicados  
en alas del ambiente.

¡Teresa de Jesús! De la mañana  
al pristino destello  
yo quiero entre tañidos de campana  
oir nombre tan bello.

Yo quiero que regale mi sentido,  
cruzando la floresta,  
con rumores y esencias confundido  
y cánticos de fiesta.

¿Del Ebro en la ribera faltaría  
tan hechicera nota?  
¿No es aquesta la eterna melodía  
que sobre el agua flota?

Al mar, que lame la dorada arena  
con blando movimiento,  
le diré que su voz ingrata suena  
sin este suave acento.

Y perdido en la plácida espesura  
de sombríos pinares,  
yo haré un nombre tan rico de dulzura  
sonar en mis cantares.

Que armonía que á Dios tanto embelesa  
y hechiza tanto al hombre,  
dó quier debe sonar, dulce Teresa;  
¡dó quier suene tu nombre!

---



## EL PENDÓN DE SANTA TERESA

### I

Ya salen del sacro templo,  
ya el estandarte despliegan,  
ya lo levantan en alto  
y un himno sube á la esfera.  
Hijas de la noble España,  
alzad himnos á Teresa,  
gloria insigne de Castilla,  
prez y honor de nuestra tierra.

¡Más alto! Que á todo viento  
flote la sagrada enseña,  
en cuyos pliegues fulgura  
casta, peregrina y bella  
la imagen encantadora  
de la virgen avilesa.

Que al limpio sol de Castilla,  
sol que los genios despierta,  
brille su frente adornada

de esplendores de grandeza.

Que los montes atraviase  
y llanuras y riberas,  
que los pueblos y ciudades  
cruce en triunfante carrera,  
que la contemplen las gentes  
absortas en su belleza,  
y sin cesar suenen himnos  
en honor suyo dó quiera.

¡Más alto! Que puedan verlo  
flotar sobre sus cabezas  
millares de peregrinos,  
en cuya frente serena  
de la fe la viva llama  
pura y limpia reverbera;  
en cuyos pechos ardientes  
se confunden y se mezclan  
el amor al Santo Padre,  
la devoción á Teresa.

## II

Hijas de la noble España,  
las católicas doncellas,  
que habéis de la excelsa virgen  
desplegado la bandera,  
y en imitar sus virtudes  
y amarla sois las primeras;  
hijas de la noble España,  
alzad cánticos de fiesta,  
himnos de honor y de gloria  
que miles de almas enciendan

en el amor á Jesús  
y devoción á Teresa.  
Que al eco de vuestros cantos  
responda la España entera,  
que los pueblos y ciudades  
á vuestra voz se commuevan,  
y miles de peregrinos,  
de fe dando insigne muestra,  
acudan de todas partes  
á escoltar vuestra bandera.

Hijas de la noble España,  
¡qué dicha va á ser la vuestra  
de haber alzado tan alto  
vuestra salvadora enseña,  
lábaro de excelsa gloria  
que divina luz destella!

¿No los veis? Miradlos como  
de todas partes ya llegan  
peregrinos á millares,  
cuya noble actitud muestra  
que soldados son de Cristo  
y cruzados de Teresa.

¿No los veis? Miradlos como  
vuestro estandarte rodean,  
alta la frente, y los ojos  
fijos en la imagen bella  
de la insigne Capitana  
que sólo á la gloria lleva;  
y siguiéndola animosos  
la España toda atraviesan,  
glorificando su nombre,  
publicando sus grandezas.

¿No los veis? Vedlos en Ávila,  
cuna gloriosa de Aquella  
que ostentan en sus pendones  
y en sus corazones llevan  
los peregrinos, gozosos  
de pisar la misma tierra  
que pisaron los pies bellos  
de la angelical Teresa.

Y, por fin, vedlos en Alba,  
cuyos ámbitos resuenan  
con los armoniosos cantos  
que hasta los cielos elevan  
millares de peregrinos  
que, cayendo al suelo, besan  
y al mismo tiempo con lágrimas  
de indecible dicha riegan  
el suelo de la basílica,  
urna de oro que conserva  
el cuerpo y el corazón  
de la gloriosa Teresa.

---



## EL DÍA GRANDE

### I

Llegó por fin el suspirado día  
que en sueños de candor y de pureza  
acarició la virgen fantasía.

¡Qué puro brilla el sol! ¡Cómo engalana  
con flecos de oro y virginal riqueza  
su túnica de lumbre la mañana!

Ya se encienden los aires... Ya las flores  
al sol ostentan su beldad divina  
exhalando balsámicos olores  
al aliento del aura matutina.

Ya llegan hasta mí mansos ruidos,  
que del bosque vecino se desprenden  
al despertar los árboles dormidos.

Ya dejando sus nidos,  
sus alas ligerísimas extienden



y, henchidos de placer, los aires hienden  
los pájaros cantores,  
que, errantes trovadores,  
se dan cita en la umbrífera floresta  
para entonar mil cánticos de fiesta.

¡Oh, cuál viene del río sonoro  
el lánguido murmullo  
el alma á acariciar con eco blando,  
como queja de un pecho cariñoso  
que, á lo lejos sonando,  
hechiza el corazón con grato arrullo!

De vosotras también, fieles campanas,  
entiendo los que dáis altos tañidos.  
¡Cuál flotan vuestras voces soberanas  
sobre ese mar de plácidos sonidos!  
Permitid que traduzca vuestras voces  
llevadas por los céfiros veloces.

#### VOZ DE LAS CAMPANAS

Ya brilla en los cielos la cándida Aurora  
ardiendo los aires en nítida luz,  
y rien los campos, y turba sonora  
de pájaros canta... ¿Y duermes aún tú?

Mil himnos gozosos ya pueblan los vientos  
que el cielo á la tierra hoy quiere enseñar;  
nosotras copiamos con nuestros acentos  
los célicos sonos... ¿Y no despertáis?

Venid á este templo; que un astro de gloria  
cayó desde el cielo al fúlgido altar:

su vívida lumbre ya llena la historia  
y el mundo de encanto... ¿Y no despertáis?

Alzad vuestra frente, del sueño aún opresa,  
pues dora las cumbres espléndido sol;  
allá en los espacios irradia Teresa,  
honor de la tierra y hechizo de Dios.

## II

La gran solemnidad ha comenzado...  
Los ámbitos del templo más sombríos  
en tibia claridad hanse inundado;  
la luz serpea en ondeantes ríos  
en redor del altar, que engalanado  
se ostenta de elegantes atavíos;  
y de luces y llamas un tesoro  
lanzan corintios capiteles de oro.

Vaga niebla de cándidos vapores  
se levanta perfumes desprendiendo,  
que ondulando á través de resplandores  
se va por alta bóveda perdiendo:  
del alma los dulcísimos fervores  
envueltos en sus pliegues van subiendo;  
que incienso y mirra de perfume vario  
tiene el alma cual místico incensario.

Por los altos pilares repartidos  
vense brillar magníficos escudos  
que, de flores y símbolos ceñidos,  
hablan al alma con acentos mudos:  
blasones de grandeza esclarecidos,

timbres gloriosos, de altivez desnudos,  
de una mujer la excelsitud pregonan  
y en su frente grandezas amontonan.

Y meciéndose ufano allá en la altura  
en ambiente de aromas y de llama,  
cautivando los ojos su hermosura,  
cuelga gentil, lindísimo oriflama:  
glorioso pabellón que azul fulgura  
sobre la hermosa frente de una dama  
que en virtud y saber y gracia brilla,  
y es del cielo y la tierra maravilla.

Vedla irradiar bajo dosel flotante,  
de glorias y deleites rodeada,  
mostrando en su bellissimo semblante  
el sacro ardor del alma enamorada:  
nada detiene el paso de la Amante  
al lanzarse cual flecha disparada  
hacia el seno de eternas claridades,  
manantial de gustosas suavidades.

Huellan sus pies las argentadas nubes,  
ondula á sus espaldas rico manto;  
asombrados la miran los Querubes  
y al mundo muestran su divino encanto.  
—¿Quién al mirar como anhelante subes  
en alas del amor que sientes tanto,  
quién no anhela seguirte, de amor presa,  
encendido Querub, feliz Teresa?—

No, no hay mirada que al fijarse en ella  
no se bañe en la luz de su ternura;

no hay corazón de niño ó de doncella  
que, al contemplar su mágica hermosura,  
no le envíe mil besos por lo bella  
y no beba en su boca la dulzura;  
ni hay labio que gozoso y palpitante  
himnos de amor y gloria no le cante.

### III

#### VOZ DE LOS NIÑOS

De radiantes y puros colores  
blanco velo en la frente ostentamos  
y en el pecho inocente guardamos  
de cariño tesoros sin fin.

A tu altar adornado de flores  
con el alma gozosa corremos,  
pues de lirios y rosas tenemos  
cien guirnaldas, que son para ti.

Te pedimos en premio, oh Teresa,  
de un afecto tan tierno y sencillo,  
que no pierda su plácido brillo  
la azucena de nuestro candor:

que no quemén los fuegos del mundo  
con el soplo de ráfaga impura  
el hechizo de nuestra hermosura,  
á los hombres amable y á Dios.

#### VOZ DE LAS VÍRGENES

Entonemos con arpa sonante  
dulces himnos de prez y de honor

á la hermosa y castísima amante,  
á Teresa, que muere de amor.

Glorias del mundo deslumbradoras,  
nubes de nácar, púrpura y oro,  
de los placeres eco sonoro,  
beldad, riquezas y juventud:

pasáis en vano junto á Teresa  
su tierno pecho solicitando,  
pues la divina voz escuchando,  
lo trueca todo por la virtud.

En las serenas, puras corrientes  
de amor divino suele mecerse,  
sintiendo el alma desvanecerse  
entre las ondas de alto placer.

A Dios conjura lánguidamente  
que la sostenga con fuerte brazo,  
pues las dulzuras de su regazo  
hacen su pecho desfallecer.

También el mundo cabe nosotras  
con dulce halago y voz lisonjera  
pasa brindando paz duradera,  
mintiendo siempre felicidad;

pero nosotras, que al olor suave  
de tus perfumes hemos corrido,  
sólo al desprecio y eterno olvido  
damos del mundo la vanidad.

Como bandada de albas palomas,  
de la tormenta al ser sorprendidas,  
con vuelo errante, despavoridas,

seguro asilo buscando van;  
así nosotras á ti volamos  
del mundo huyendo las tempestades;  
y tú, amorosa y rica en bondades,  
dentro tu pecho nos guardarás.

Entremos prontas en la morada  
que un Ángel bello nos dejó abierta;  
súbito entremos por la ancha puerta,  
por la ancha herida del Corazón...

¡Qué hermoso cielo siempre sereno!  
¡Qué dulce ambiente! ¡Qué suave calma!  
¡Esta es la vida, vida del alma!  
¡Estos los gustos, gustos de amor!

VOZ DEL PONTÍFICE

Acoge, oh gran Teresa, con plácido cariño  
los cánticos y ofrendas de hermosa juventud:  
adórñala de flores nevadas como armiño  
y siembra en su alma tierna semillas de virtud.

Escucha la plegaria que desde lo profundo  
del alma yo te envío con férvida ansiedad:  
convierte tus miradas al desgraciado mundo,  
y á tu querida España devuélvele la paz.

---



## UNA CARICIA Á JESÚS DE TERESA

¡Oh hermosura que excedéis  
á todas las hermosuras!

*(Santa Teresa.—Villancico).*

### I

Quiero cantar á Jesús  
una canción que le aduerma  
mientras su madre le mece  
bajo el dintel de su puerta.  
Cantar quiero villancicos  
que cantan en Noche Buena,  
con panderos y zambombas,  
los muchachos de mi aldea.  
Cantar quiero... ¿Pero cómo,  
si se rompieron las cuerdas  
del rabel que fué el encanto  
de los chicos de mi tierra?

Si tú me dieras el tuyo,  
graciosísima Teresa,

¡cómo diría á tu Bien  
cuatro coplas sandungueras!

Tú que viste sus hechizos  
y su gracia retrechera,  
cuando te dijo en el huerto  
que era *Jesús de Teresa*;  
tú que al ir por esos mundos,  
le traías siempre á cuestas,  
y le besabas amante  
por los alcores y sierras;  
dame tu fino gracejo,  
dame tu sal y pimienta  
para cantar como tú  
canciones de Noche Buena.

## II

Dejad que yo me acerque  
al Dios bendito,  
chiquitito y gracioso  
y mono niño;  
dejad que vaya,  
y abrazarle yo pueda  
con toda el alma.

Coloradas mejillas  
de fresca rosa,  
vivos ojos parleros  
y riente boca...  
Cien besos dame,  
y después, vida mía,  
torna á besarme.



De leche regalada  
y dulces mieles,  
es tu fresca boquilla  
río perenne:  
deja, mi Niño,  
que beba y me embriague  
en ese río.

.....

¡Oh! cuentan los pastores  
que hay hielos crudos,  
que soplan fríos vientos  
por esos mundos:  
yo, luz del alma,  
si te beso y me besas  
no siento nada.

¿Cómo pueden las almas  
sentir el frío  
de tu pecho amoroso  
al dulce abrigo;  
pues eres fuego  
que da vida y enciende  
al mismo hielo?

¡Ah, que quien te conoce,  
flor de los valles,  
y aspiró tus perfumes  
al alma suaves,  
nunca más precia  
los olores de muerte  
que da la tierra!

Para aquel que ha gustado  
el dulce aroma  
que, nadando en delicias,  
fluye tu boca;  
sólo de espinas  
y de abrojos sembrado  
el mundo mira.

Botoncito de rosa,  
que entre la nieve  
á los rayos de invierno  
ríes alegre;  
deja que humilde  
á tu tallo me acerque  
y te acaricie.

### III

Ya lo habéis visto, zagales  
y muchachas de la sierra;  
no me digáis más que os cante  
canciones de Noche Buena,  
como las cantaba un día  
con vosotros en la aldea,  
al compás de los panderos,  
sonajas y castañuelas.

Olvidé ya las tonadas  
que de tanto gusto os eran,  
mientras tocabais vosotros,  
y se oían por las cuestas,  
entre rumores de esquilas,  
tiernos balidos de ovejas,

y se alegraba el contorno  
con nuestra rústica fiesta.

Ya que su rabel tampoco  
me prestó la gran Teresa  
con que cantar á Jesús  
unas tonaditas nuevas,  
habré, al fin, de contentarme  
con postrarme á la presencia  
de Jesús recién nacido,  
y decirle á mi manera,  
mientras que le pongo un beso  
en su boquilla hechicera:  
"toma para Ti este beso,  
mi Bien, mi Amor y mi Prenda."

---



## SU LIRA

Alzarte yo quisiera, amada mía,  
cantos ricos de amor y de pureza;  
que sonase mi acento en este día  
cual suspiro de angélica belleza,  
y en suavísimas ondas de armonía  
al subir de tu trono hasta la alteza,  
arrancase al mecer tu blanca toca,  
una dulce sonrisa de tu boca.

Tú que sabes amar como no sabe  
el mundo corruptor y corrompido,  
y del místico amor la pena suave  
y dichosas congojas has sentido;  
tú á quien la rica y misteriosa llave  
de un arcano de amor Dios ha ofrecido,  
tú sabrás que el amor á mí me inspira  
y eres tú la adorada de mi lira.

¡Lejos de mí las lúbricas amantes  
que empuñando sus cítaras manchadas  
publican sus amores infamantes  
con voces al infierno arrebatadas!  
¿Qué saben qué es amor ¡pobres bacantes!  
por la pagana Musa celebradas?  
Mas, lo sabes tú bien, que el arpa de oro  
osada robas al celeste coro.

Las llamas de un amor que mancha el labio  
cantan aquéllas, sin rubor la frente,  
y á su sexo y virtud haciendo agravio  
muestran del alma asolador torrente.  
Con estudiada voz y giro sabio  
tal vez seduzca la pasión demente,  
mas sus cantares que inspiró el despecho  
turban el alma desgarrando el pecho.

Pero canta Teresa... Y las ternuras  
de un amor celestial dice su canto...  
Venid, venid vosotras, almas puras,  
las que el candor protege con su manto;  
venid y sentiréis cuántas dulzuras  
y deleites sin fin y goce santo,  
escondidos están en el dichoso  
y embriagador retrete del Esposo.

Liviano amor, pasiones mundanales  
inspiraron los cánticos de aquéllas:  
¿qué estraño que tan fétidos raudales  
no reflejen el sol, ni luz, ni estrellas;  
y en lugar de esplendores celestiales,

celajes de carmín y nubes bellas,  
larvas tan sólo de hórrida figura  
acierte á retratar el agua impura?

Mas ¿queréis elevaros de este suelo  
y aspirar otra luz y otros ambientes,  
y animosos tender sublime vuelo  
por dichosas regiones esplendentes,  
y del almo confín con vivo anhelo  
del amor y la dicha ver las fuentes?...  
Pues venid y gozad la dicha aquesa  
en los altos pöemas de Teresa.

Misterios de un amor que llena el alma  
de inefables placeres escondidos,  
deleitosa fruición de suave calma  
que enajena y embarga los sentidos;  
á la sombra feliz de eterna palma  
en brazos del Amor verse adormidos...  
¡Con qué vivo fulgor y ardiente tinta  
en sus libros Teresa nos lo pinta!

Allí veréis, en suelta mariposa  
el alma convertida por su suerte,  
extender con donaire el ala hermosa,  
después de darse á sí felice muerte.  
¡Qué ligera, y gentil, y bulliciosa  
al hender nuevos mundos se divierte!  
¿Mas qué tiene que el pecho la acongoja  
y gemidos tiernísimos arroja?

¡Ah, que ha visto, de soles coronada,  
la beldad de los cielos infinita,

y aún la tierra se ofrece á su mirada,  
y del mundo en los ámbitos se agita!  
Con ímpetu de amor, de amor llagada  
á su centro feliz se precipita;  
mas apagar no logra su ansia ardiente  
y, ya sin fuerzas, desmayarse siente.

¡Paroxismo de amor! ¡Sagrado fuego,  
que saltó de la hoguera misteriosa,  
y en el centro del alma prendió luego,  
y ancha llaga formó dulce y sabrosa!  
A dolor tan agudo siente apego,  
sin quererla curar por lo gustosa,  
pues crece su deleite y su dulzura  
á medida que crece la abertura.

Gloriosísimas sombras, claras lumbres,  
áscensiones del alma inexplicables;  
águila caudal que altivas cumbres  
desafia con alas indomables;  
un corazón que nada en dulcedumbres  
y en olas de deleites inefables...  
De su lira al compás dulce y sonoro  
Teresa lo cantó con boca de oro.

Alturas bienhadadas del Carmelo,  
de aguas corrientes y apiñadas flores,  
¡quién pudiera subir en raudo vuelo  
hacia vuestras esferas superiores!  
Moradas misteriosas, nuevo cielo,  
vida hermosa, región de los amores,  
¡quién pudiera alcanzar tamaña empresa  
de gozarlas cual tú, noble Teresa!



## DEL EBRO AL VALDEMEMBRA

### I

Orillas del Ebro vi  
á una paloma volar:—  
¿Dónde vas, blanca paloma?  
¿Dónde tan lejos te vas?—

Cruzando rauda los aires  
sin temer la tempestad,  
pasa llanos y montañas...  
¿Dónde tan lejos se va?

Otras palomicas miran  
á la paloma volar:—  
Dinos, palomica, ¿dónde,  
dónde tan lejos te vas?—

Pasa pueblos y ciudades,  
pasa ríos, pasa el mar,  
sin que su vuelo detengan  
voces que oyera detrás.  
¡Qué ligera la paloma



cortando los aires va,  
tendidas las blancas alas  
sin volver la vista atrás!  
Bajo del albo plumaje  
siente el pecho palpitar:  
¿qué desea la paloma  
que vuela, vuela hacia allá?

Aun cruza inmensas llanuras  
de arena estéril no más...

¡Pobre paloma que en ellas  
te vas de sed á ahogar!

Ni hay una brizna de yerba  
en este desierto erial,  
ni una gota de agua corre  
que te pueda refrescar.

¿Hacia dónde, palomica,  
tu vuelo diriges ¡ay!  
dejando el paterno nido  
y tu ribera natal?...

Orillas del Ebro vi  
á una paloma volar:—  
¿Dónde vas, blanca paloma,  
dónde tan lejos te vas?

## II

Volando va la paloma,  
volando sin descansar,  
sin atender á las voces,  
las voces que oye detrás.

¿Pero qué hace la paloma  
que los aires deja ya

y con rápido descenso  
va en el suelo á descansar?  
¿Es que halló la dulce sombra  
buscada con ansiedad  
bajo unas ramas floridas  
que frutos de vida dan?  
¿Es que halló la clara fuente  
pura y limpia cual cristal,  
en cuyas ondas serenas  
feliz se pueda bañar?  
¿Es que, al fin, la palomica  
halló el jardín sin igual  
donde el Abril es eterno  
y es inefable el gozar?

Sólo sé que la paloma  
bajó con ardiente afán  
á esconderse en unas ramas...  
Y salir no la vi más.  
Allí en quietud misteriosa  
sin duda que gustará  
los codiciados deleites  
y la suspirada paz.

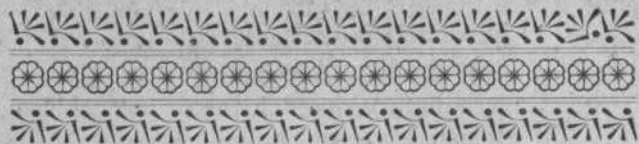
¿Oís, oís sus arrullos  
cuando, en la rama al posar,  
oye la voz de su Amado  
y ve el sol de su beldad?  
Arrullos son de ventura,  
de amor y gloria sin par  
los que exhala la paloma  
oculta en la soledad.

Dejemos que la avecilla  
con su Amado á solas ya,

guste delicias sin nombre  
después de tanto volar.

Palomica, que del Ebro  
dejaste el fresco raudal  
y volaste al Valdemembra  
tu blando nido á buscar:  
no olvides á las palomas  
de tu ribera natal;  
no olvides á las que quieren  
como tú poder volar.

---



## A LAS PLANTAS DE SANTA TERESA

### I

Brillando en el altar santa Teresa  
como estrella que plácida fulgura,  
como rosa gentil que el aura besa  
cabe limpio cristal de fuente pura,

sobre trono de luces y de flores  
la flor de su hermosura descollaba;  
el rayo virginal de sus amores  
al corazón más frío caldeaba.

A los pies de su trono, palpitantes  
de ternura y piedad, mil corazones  
se abrían como cálices fragantes  
á lluvia de celestes bendiciones.

¡Con qué gracia la Virgen castellana  
á las vírgenes almas atraía!

¡Oh qué hermosa es, y pura y soberana  
la pasión que en los pechos encendía!

Como flota en los brazos del ambiente  
blanca nube de orobias hacia arriba,  
así subía la plegaria ardiente,  
á impulsos del amor, que es llama viva.

Pues preciado del alma el rico adorno  
y olvidadas de cuanto el mundo abona,  
hijas amantes de Teresa en torno  
le tegian espléndida corona.

También estaba allí, junto á la grada,  
de suavísimo arrobo siendo presa,  
tan hermosa cual pura y recatada,  
Isabel, hija amante de Teresa.

Del fondo de su pecho brota luego  
secreta aspiración que Dios le inspira;  
los suaves ecos de su ardiente ruego  
los pudo recoger mi humilde lira.

## II

— Amarte (dijo), Madre querida,  
mi gloria fué:  
tu imagen bella, siempre esculpida  
dentro mi pecho, toda mi vida  
la guardaré.

Mas ¡ay! que el mundo con blandas voces  
de falso amor,

miente á mi oído secretos goces,  
me habla de alegres danzas veloces,  
vil tentador.

Bellos fantasmas vertiendo flores  
cruzar yo vi;  
vagos ensueños arrulladores  
cual mariposas de áureos colores  
veo ante mí.

Viendo esas formas que el aire mece  
de la ilusión,  
el alma ciega se desvanece,  
lánguido el pecho perder parece  
toda su acción.

Frágil barquilla que el mar airado  
debe cruzar,  
cuando las ondas batan su lado  
y el Noto brome desesperado,  
¿pasará el mar?

De un sér cuitado que en ti confía  
tén hoy piedad:  
aquí á tus plantas el alma mía  
ruega le alcances paz, alegría  
y libertad.

¡Ay, no las tengo! que esclavo gime  
mi corazón;  
enorme losa mi pecho oprime,  
y alzar no puedo vuelo sublime  
á otra región.

De suaves flores lazos sencillos  
parecen ser;  
mas son de hierro fuertes anillos,  
y tan pesados, bárbaros grillos  
¿cómo romper?...

¿Mas qué sucede? ¿Vienes propicia,  
Teresa, á mí?...  
¡Oh qué inefable, extrema delicia!  
¡Esta es su mano que me acaricia!  
¡Es ella, sí!

### III

Y en el templo se oyó débil gemido  
sonar lánguidamente,  
sin que fuera por eso interrumpido  
el profundo silencio de la gente.  
Tan sólo alguna frente  
inclinóse curiosa  
hacia el lugar donde Isabel estaba,  
de donde rumor leve se escapaba.

La puerta se oyó abrir, y alguna cosa  
pasar rozando el suelo;  
luego nada se oyó...

Las oraciones  
seguían elevándose hasta el cielo,  
y con ellas los puros corazones  
levantaban también rápido vuelo.

El órgano sonoro  
inundando las naves de armonía  
prestaba ayuda al escogido coro  
de niñas, tiernas hijas de Teresa,

que cantaban las glorias de María,  
de Jesús y la Virgen avileza.

¡Purísimos placeres! ¡Dulce calma!  
¡Alegrías que no conoce el mundo  
y á derramarse vienen en el alma  
y del pecho en el seno más profundo!

Al salir de la iglesia se paraban  
en el atrio las jóvenes. ¿Qué había?

A una de ellas las otras rodeaban,  
y este extraño coloquio allí se oía:

—¿Pues qué ha sido, Isabel? Algo te ha dado.

—Ni yo misma lo sé, querida hermana.

—¡Tantas luces! ¡La gente!... Una desgana  
habrá sido sin duda.

—Ya ha pasado.

—¿Y te sientes ya bien?

—Muy bien, amiga.

—Pálida estás.

—¡Qué quieres que te diga!

Pues me siento muy buena por ahora.

—Esto no será nada.

—¿Cómo que no será? Pues sí, señora.

—¿Qué dices que ha de ser?

—Que estoy curada.

#### IV

Era buena Isabel. Mas desde el día  
que de la iglesia, en brazos, fué sacada,  
que es muy otra hay quien dice y asegura.

La libertad, la paz y la alegría  
refléjanse en su rostro y frente pura,  
ella dice tan sólo: «Estoy curada.»





## LOS SECRETOS DE UN ALMA

### I

"Dicen que Santa Teresa  
es de Jesús secretaria,"  
escogida entre millares  
por lo discreta y lo santa,  
por su pluma de oro y perlas,  
por su hechizadora gracia  
en escribir como nadie  
dulces y sabrosas cartas,  
y sobre todo, porqué  
aunque mujer, sabe cauta  
guardar los altos secretos  
que Jesús le confiara.

¡Bendita seas, Teresa,  
pues Jesús tanto te ensalza  
que te elige para ser  
su querida secretaria!  
¡Bendita sea la pluma  
con que al papel trasladas

de Jesús, que está dictando,  
las misteriosas palabras!  
¡Bendita sea la llave  
con que, escogida entre tantas,  
de los divinos secretos  
abres y cierras el arca!

¡Bendita seas!... Mas deja,  
deja que esconda mis lágrimas,  
ya que nadie compasivo  
como tú sabe enjugarlas.  
Y al confiarte mis penas,  
aún á nadie reveladas,  
"guarda, por Dios, Santa mía,  
los secretos de mi alma."

## II

¿Por qué me cercan, Dios mío,  
tan tiernas y amantes almas,  
cual lazos de suaves flores  
que cautivan aunque halagan?  
¿Por qué sujetan mi pecho  
con grillos de oro y de plata  
cuando he resuelto del mundo  
no acordarme para nada?

Con acento cariñoso  
me dicen: "Pues ¿qué te falta?"  
Y respondo suspirando:  
¿Faltarme? Sólo Dios basta.  
¿Riquezas? No las deseo.  
¿Galas? No, no quiero galas.  
¿Placeres? Los que yo busco

son los placeres del alma.

¿Pues qué deseas? me dicen.

Deseo, querida Santa...

Bien sabes tú qué deseo  
desde que soy teresiana;  
bien sabes tú qué deleites  
solicitan á mi alma;  
bien conoces los ardores  
que mi corazón abrasan;  
y que si quiero riquezas  
son riquezas soberanas,  
y si suspiro por joyas  
son joyas que no se gastan.

Pero al sentirme tan débil  
en medio de redes tantas,  
levantar quisiera el vuelo,  
y del sacro amor en alas  
espaciarme por los aires  
de otras regiones más altas.

Mas ¡ay de mí! que es inútil  
sueñe en tales venturanzas;  
suspirar tan sólo puedo,  
dulce Teresa, á tus plantas,  
ya que referir á nadie  
me atrevo mis vivas ansias,  
y sólo tú guardar puedes  
"los secretos de mi alma."

### III

Así decía una niña,  
una niña teresiana,

mientras nublaban sus ojos  
y sus mejillas bañaban,  
hijas del amor más puro,  
tiernas y abundantes lágrimas.

Así decía una niña  
en una hermosa mañana  
de Marzo, cuando las luces  
suaves y tibias del alba,  
al dorar el horizonte  
su bello rostro alumbraban,  
semejante á la azucena  
por cuyas hojas nevadas  
puras gotas de rocío  
titiladoras resbalan.

Así decía una niña,  
elevando su plegaria  
cuando místicos conciertos  
á Dios la tierra levanta,  
cuando despiertan las aves  
y sus gorjeos ensayan,  
y bullidores arroyos  
por la verde alfombra saltan;  
y abriendo están sus capullos  
las violetas tempranas,  
y los almendros floridos  
el aire en torno embalsaman,  
y cargadas de perfumes  
tienden su vuelo las auras,  
gozosas al recoger  
los tañidos de campanas  
que elevan los corazones  
á la región de las almas.

Así decía una niña,  
y así sus penas contaba  
con lágrimas en los ojos  
á quien podía enjugarlas,  
á quien guardar bien sabría  
"los secretos de su alma."

#### IV

Así cantaba... Mas ¿dónde  
hoy aquella niña canta?  
¿Dónde?... Lo sabe Teresa,  
de Jesús la Secretaria,  
la que guardó sus secretos,  
la que su voz escuchara  
logrando satisfacer  
sus abrasadoras ansias;  
la que sus lágrimas tristes  
trocó ya en gozosas lágrimas,  
un día... ¡bendito día!  
rico de amor y de gracias  
en que la tierra y los cielos  
dicen: "¡gloria al Patriarca!"

Bien se acuerda de ese día  
la niña que así cantaba,  
pues en él se revelaron  
los secretos de su alma,  
y en él probó ser Teresa  
de Jesús la Secretaria  
concediéndole á la niña  
cuantos bienes anhelaba.



## Á SANTA TERESA DE JESÚS

### PLEGARIA

Muchas veces, al son de humilde lira,  
tus glorias, oh Teresa, canté yo,  
y de flores ornando tus altares  
siempre á tus plantas me sentí mejor.

Muchas veces beber quise en tus ojos  
de los cielos sagrada inspiración,  
y mi lira apoyada contra el pecho  
dulces sonos gozosa difundió.

Muchas veces sintiendo en torno mío  
el áspero bramar del Aquilón,  
á tus plantas postréme, y tu sonrisa  
la deshecha borrasca apaciguó.

De nuevo en este día, oh gran Teresa,  
á alzar vengo en tu obsequio una canción,  
á adornar tus altares con las flores  
que el viento del Octubre respetó.

Y vengo, sobre todo, humildemente  
á implorar tu valiosa protección  
por la Iglesia de Cristo, por tu España,  
que cáliz de dolor beben las dos.

Hollado ven las dos todo derecho,  
toda austera virtud, noble blasón  
de las almas de Cristo seguidoras,  
que abrazando su cruz, le van en pos.

Salida de los antros, donde fraguan  
los impíos el rayo matador,  
yérguese la licencia, protegida  
por cínica y proterva rebelión.

Suelto el freno al orgullo, á la calumnia,  
á la rabia sacrílega y feroz,  
no son hijos de Cristo ya los hombres,  
sino infernales furias diz que son.

A la dulce humildad, que venció al mundo,  
se la niega su fuerza y su valor;  
de la libre y santísima obediencia  
se hace estigma de escarnió y de baldón.

Ya tan sólo es virtud, gloria y grandeza,  
rompiendo el lazo que nos une á Dios,  
adorar con abyecta servidumbre  
los caprichos satánicos del YO.

La Iglesia en vano gime, en vano eleva,  
eco del Cielo, su sagrada voz;  
los hombres no la escuchan, ó si acaso,  
atribúyenle miras de ambición.

Hipócritas escribas y doctores  
retuercen las palabras del Señor  
para abonar sus actos reprobados,  
para al Justo imputar crimen atroz.

Extiende, oh gran Teresa, sobre el mundo  
tu poderoso brazo bienhechor,  
muestra á la Iglesia que tu celo aun arde,  
vea en ti su patrona el español.

Atrae con tus gracias celestiales,  
tu dulzura y amable condición,  
á las rebeldes almas orgullosas,  
faltas de paz, de luz, de tu favor.

Que ardiendo todas en las suaves llamas  
en que ardiera tu amante corazón,  
merezcan de Jesús, tu fiel Esposo,  
las eternas dulzuras de su amor.

Si trocöse mi cántico en plegaria  
al derribarme ante tus plantas hoy,  
pronto mi lira estallará en mil himnos  
si tú me alcanzas lo que pido yo.

---





## LA ENAMORADA

### I

"Dicen que Santa Teresa  
cura mal de enamorados"  
y en las heridas del alma  
vierte compasiva un bálsamo  
que las cicatriza y temple  
sus dolores extremados.

¿Por ventura fué la Santa  
en sus juveniles años  
tocada de mal de amores,  
pues así sabe curarlos?  
Cuando de olores y esencias  
ella se bañaba, y quando  
alarde gentil hacia  
de los cabellos dorados,  
de la hechicera mirada,

talle gentil y gallardo,  
las sonrosadas mejillas  
y los purpurinos labios,  
y cubriéndose de galas  
aumentaba sus encantos,  
¿quiso ver en otros ojos  
sus hechizos dibujados,  
y buscó de otra mirada  
los lisonjeros halagos?  
¿Sintió dentro de su pecho  
el fino aguijon clavado  
de ese amor que me lastima  
y no dejo sin embargo?  
¿Es que estuvo enamorada  
en el verdor de sus años,  
pues mis jóvenes amigas,  
con alegre voz cantando,  
"dicen que Santa Teresa  
cura mal de enamorados?"

## II

¡Ay de mí, que no hay mañana  
que al levantarme temprano  
y al regar mis pobres flores,  
no las riegue con mi llanto!  
¿Por qué debí conocerle  
y hube de encontrarle al paso  
por la senda de mi vida,  
en el abril de mis años?  
¿Por qué leí en su mirada,  
y en su balbuciente labio

adiviné el pensamiento  
que me haría grave daño?

¿De qué sirve que á la Virgen,  
al hacer el mes de Mayo,  
le suplique fervorosa  
que pueda al fin olvidarlo?  
Mis oraciones son tibias  
y son mis rezos tan vagos,  
que pasan sin advertirlo  
las cuentas de mi rosario.  
Y mis pensamientos vagan,  
vagan por mundos extraños,  
y sin saber por qué lloro,  
sin cesar me ahoga el llanto.

Ni las flores huelen bien,  
ni cantar saben los pájaros,  
ni brilla el sol, ni la luna  
envia sus dulces rayos,  
ni la lámpara del templo  
se refleja en los retablos,  
ni de paz disfruto al pié  
de los altares sagrados;  
porque yerto el corazón  
y sin esperanza amando,  
¿qué le queda al pecho mío  
sino morir de cansancio?

¡Ah! se engañan mis amigas  
en su inexperiencia, cuando  
"dicen que Santa Teresa  
cura mal de enamorados...  
Podrá ser buena la Santa,  
pero á mí no me ha curado."



III

¡Dios mio! ¡qué dulce vida  
me guardabas en el Claustro!  
¡Qué suavidad y deleites  
nunca en el mundo soñados!

Asomada á la ventana  
que sombrea un emparrado  
y da vista al huerto ameno,  
en donde los lirios cándidos  
descuellan cabe la fuente  
que los riega murmurando  
y retrata de la luna  
los dulces y tibios rayos,  
¡oh qué mundos de delicias  
que son del siglo ignorados!  
¡Qué paraíso de gloria  
descubro allá en los espacios  
para el alma que descansa  
sobre el pecho del Amado!

Todo aquí me le recuerda  
y con él sin cesar hablo  
un idioma misterioso  
de dulcísimos arcanos.  
En la luz titiladora  
que, á manera de topacios,  
lanzan las altas estrellas,  
veo el mirar regalado  
de sus pupilas amantes  
que, al estar por mí velando,  
hasta mi ventana envían

sus cariñosos halagos,  
diciéndome: "Esposa mía,  
¿quién jamás cual yo te ha amado?"

En el solemne misterio  
de la obscura noche, cuando  
el mundo yace dormido,  
de delirar fatigado,  
y no se oye de las selvas  
el rumor gigante y vario,  
entonces ¡oh! yo percibo,  
dentro del alma sonando,  
una voz que me embriaga  
en placeres soberanos...

¡Es su voz! Voz de deleites,  
que á través de soles y astros  
me repite: "Esposa mía,  
¿quién jamás cual yo te ha amado?"

Sólo tú, dulce Bien mío,  
con tu amor ardiente y casto,  
los abismos anchurosos  
de mi espíritu has llenado.  
¿Quién jamás podrá apartarme  
de tu divino regazo  
y romper el suave nudo  
de amor eterno y sagrado  
que ya me colma de dicha  
en este destierro ingrato?

¡Benditos sean, Teresa,  
tus acentos inflamados,  
que mis amores del mundo  
por los divinos trocaron!  
Exclamar ya puedo ahora

y, corrigiendo aquel canto,  
decir "que santa Teresa  
cura mal de enamorados,  
pues es tan buena la Santa  
que del todo me ha curado."

---



## SANTA TERESA DE JESÚS

(DECLAMADO POR UNA COLEGIALA DE SANTA TERESA)

Es una dama de gentil belleza,  
dechado de sublimes perfecciones,  
cáliz lleno de amor y de pureza,  
dichoso imán de hidalgos corazones.

Es una vírgen, cándida, inocente,  
que viste de los Angeles la estola:  
el sol de España se miró en su frente.  
y ella es sol de la vírgen española.

Es mujer, cuyo ingenio peregrino,  
asombro de la humana inteligencia,  
sube en las alas del amor divino  
á las cumbres más altas de la ciencia.

Noble orgullo es de España que la adora,  
de su sexo sublime maravilla,

entre las santas única Doctora,  
astro de gloria que en los Cielos brilla.

Es mi gloria también; es el encanto  
de esta niña que logra en su presencia  
cuanto puede anhelar su pecho y cuanto  
necesita en su tierna inexperiencia.

De saber, de virtud y cortesía,  
ejemplo es sin igual, alto modelo;  
luz deleitosa, que apacible guía  
por la senda feliz que lleva al Cielo.

Al olor de sus místicos aromas  
voy corriendo con planta bien segura;  
más dulce que el arrullo de palomas  
resuena á mis oídos su voz pura.

No os cause, mis señores, gran sorpresa  
si os afirmo que es ella amiga mía.  
¡Qué dicha ser amiga de Teresa  
y vivir en su misma Compañía!

Esta es su casa; su celeste aliento  
llena este espacio de inefable esencia:  
¿No la sentís tal vez cual yo la siento?  
¿No os infunde sabrosa complacencia?

Harto comprendo que fruición no escasa  
como á mí en este instante os embelesa.  
¡Qué extraño si moramos en la casa  
y amable Compañía de Teresa!





## AL PIE DE SU REJA

### I

"Teresita, Teresita",  
la niña más hechicera,  
la de gracias y donaires  
con que á todos embelesa;  
la que me ha robado el alma  
por su brío y gentileza,  
la de los cabellos de oro,  
redes de amor donde quedan  
prendidos los corazones  
de mancebos y doncellas;  
pues aún las más envidiosas  
vencidas por su belleza  
se le ofrecen y declaran  
por amigas verdaderas:

Teresita, Teresita,  
la de frente de azucena,

labios de lindo clavel,  
ojos vivos como estrellas,  
mejillas que envidiaría  
la rosa más pura y fresca;  
con hoyuelos y lunares  
que ¡ay! á mí me desesperan,  
porque arrojan de su centro  
mil enarboladas flechas  
que me hieren y me sanan  
por una virtud secreta:

Teresita, Teresita,  
óyeme cuando á tu puerta  
vengo á arrullar tus ensueños  
al compás de mi vihuela;  
pues tienes el corazón  
aún más blando que la cera,  
y no sabrás despreciar  
mis amorosas finezas;  
óyeme cuando mi voz  
por estas calles resuena  
y los vecinos del barrio  
de mis amores se enteran.

No me importa; día y noche  
he de cantarte sin tregua:  
"Teresita, Teresita,  
una y mil veces Teresa."

## II

Teresita, Teresita,  
mi dulce y hermosa prenda,  
ya sabrás, según me han dicho,

que no faltan malas lenguas  
que murmuran porque rondo  
tanto tu calle y tu puerta;  
porque de día y de noche  
te canto canciones nuevas  
y desmenuzo tus gracias  
y no acabo con tus prendas;  
y al pasar por otras calles  
donde viven niñas bellas,  
ni un mal sonido desprenden  
de mi instrumento las cuerdas.

¿Por qué queréis, yo les digo,  
que á otras niñas entretenga,  
si la que á mí me enamora  
y el alma tras sí me lleva,  
vale por cien y por mil  
y en todo á todas supera?  
¿Cómo queréis que yo cante  
á otras que, sin ofenderlas,  
para descalzar no sirven  
los lindos pies á Teresa?

No me habléis, les voy diciendo,  
de otras que habrá no malejas,  
porque en Teresa reunidas  
miro cuantas excelencias  
Dios esparció entre millares  
de celebradas doncellas.  
Porque si su cuerpo es de ángel  
que bajó de altas esferas,  
es de serafín su hermoso  
corazón, que me encadena.

Sí, niña de mis amores,

nadie habrá que no lo sepa:  
"me tienes *interesado*  
de los pies á la cabeza."

### III

Teresita, Teresita,  
que, hermosa como discreta,  
con tu platicar sabroso  
me cautivas y deleitas;  
yo no sé qué es lo que tienen  
de azúcar y de canela  
tus palabritas de amor,  
que siempre oírlas quisiera.

Leyendo á solas tus cartas  
paso las horas enteras  
bien encerrado en mi cuarto  
para evitar mil sospechas.  
Casi me sé de memoria  
cada línea, cada letra  
de las que traza tu pluma,  
que algún serafín te diera.  
Por ser tuyas, de tal modo  
á los labios se me pegan,  
que dicen mil envidiosas  
que hablo con tu misma lengua.

¡Qué dicha poder yo siempre  
platicar en tu presencia,  
gozando las dulces mieles  
que destilas entre perlas  
de tus labios como grana,  
oh mi adorada princesa!

Yo te ruego, hermosa niña,  
tan hermosa como buena,  
que me digas si mis trovas  
te agradan y te contentan.  
Porque si logro tal dicha,  
si mi amor con tu amor premias,  
seré el más feliz de cuantos  
de amor suspiran y penan.

No lo olvides, niña hermosa,  
ni hay nadie que no lo sepa:  
"me tienes *enteresado*  
de los pies á la cabeza."

#### IV

Esto un gallardo mancebo  
enamorado de veras,  
de su amada Teresita  
cantaba al pie de la reja,  
en donde oían á gloria  
nardos, rosas y azucenas.

Exhalando mil suspiros  
y mezclando amantes quejas  
daba al viento de la noche,  
á la luz de las estrellas,  
tan amorosas canciones,  
que el mármol enternecieran.  
Por quedar en dulces lágrimas  
mojadas las mismas cuerdas,  
muchas veces en sollozos  
diz que rompió la vihuela.

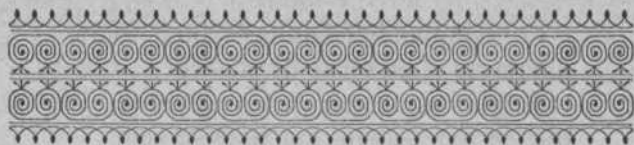
Era una noche de invierno,

la calle estaba desierta,  
un aire glacial soplaba  
con espantosa violencia.  
En las ráfagas del cierzo  
iban perdiéndose envueltas,  
las voces del mozo amante  
y puntual centinela.  
La voz, que desfallecía,  
débil ya, sonaba apenas...  
Luego calló el instrumento...  
La nieve caía densa...

A la siguiente mañana  
hallóse al pie de la reja  
del mancebo el cuerpo inerte,  
que entre sus manos aprieta  
aún el querido instrumento  
con que cantaba á Teresa.

Nadie lloró del mancebo  
la muerte, según se cuenta;  
todos dicen y aseguran,  
como cosa la más cierta,  
que su amada Teresita,  
en justa correspondencia,  
muy vivo se lo llevó,  
y allí goza dicha eterna,  
á "aquella vida de arriba,  
que es la vida verdadera."

---



## ILUSTRE PEREGRINO

¡Él es! ¡él es! La misma es su mirada  
que yo viera, la misma su expresión:  
brilla en su frente, del Señor tocada,  
llama ardiente de incógnita pasión.

Su espíritu templado en el combate  
harto muestra el enérgico ademán;  
bien se adivina que en su pecho late  
de hermosa caridad todo un volcán.

Ilustre peregrino, de Castilla  
cruzar vastas llanuras yo le ví:  
viendo la lumbre que en su rostro brilla,  
entonces... ¡qué se yo lo que sentí!

¿A quién no conmoviera el fiel Cruzado  
que hasta España de América voló?  
¿Quién no admira al Obispo desterrado  
que entre grillos y cárceles vivió?

Contemplándole entonces á mis solas,  
dibujarse ví en torno de su sien  
el fúlgido esplendor de las aureolas  
que en redor de los mártires se ven.

Que allá en otras regiones apartadas,  
á Cristo consagradas por Colón,  
tiene ovejas que errando descarriadas  
laceran ¡ay! su amante corazón.

Allí plugo al gran Pio darle Silla  
y hacerle allí Pastor de inmensa grey...  
¿Pero cómo echar puede la semilla  
de la divina y salvadora Ley,

si rugiendo de cólera el infierno  
sus instrumentos dóciles armó,  
y en llamas de venganza y odio eterno  
los corrompidos pechos abrasó?

Entonces combatir hubiérais visto  
contra fiero, satánico poder  
al Apóstol heróico de Cristo  
armado con la lanza de la fé.

¡Lucha gigante que espantó al abismo  
y al Mártir nos mostró y al Confesor!  
Su cólera infernal vió el masonismo  
vencida de apostólico valor.

En cárcel tenebrosa le encerraron  
los impíos gritando: ¡libertad!



Mas su acento de Apóstol no acallaron;  
que no admite prisiones la verdad.

Sólo Dios le salvó de arma homicida  
y libró del puñal su corazón...  
Guardaba el Cielo su preciosa vida,  
nuevos lauros tegía al campeón.

Vastos campos cubiertos de maleza,  
que en vergeles pensaba convertir,  
¡ay tuvo que dejarlos con tristeza,  
llorando por sus hijos al partir!

.....

¿A dónde va el Obispo desterrado  
de su patria, su Silla y de su altar?  
¿En dónde podrá el pecho lacerado  
de sus hondas tristezas aliviar?

¿A dónde se dirige en su quebranto  
el hijo á quien aflige cruel dolor,  
sino á donde templar pueda su llanto  
el abrazo de un padre, todo amor?

Hacia Roma sus pasos encamina,  
porque el padre que busca en Roma está;  
la fatigada sien allí reclina  
sobre aquel corazón que vida dá.

Al alzarse radiante de consuelo,  
el Obispo de Eumenia ¿á dónde irá?  
¡Ah! recuerda que es hijo del Carmelo,  
y en España el Carmelo á buscar vá.

E ilustre y fervoroso peregrino  
cruzando toda España yo le ví:  
¡a su Madre buscaba!... Su amor fino  
en ardiente explosión mostróse aquí.

Apoyada su frente allá en la cuna  
de Teresa, la Virgen inmortal,  
derramar yo le visto una á una  
lágrimas de ternura celestial.

Y allá en Alba ¡cuán tierno suspiraba  
al decir en sublime inspiración:  
*Que el corazón Teresa le robaba,  
ó robaba á Teresa el corazón!*

---



## ROMANCE CASI MORISCO

### I

En un castillo moderno  
que coronado de almenas  
se levanta gallardísimo  
con sus bonetes y flechas,  
con los escudos heráldicos  
de ilustre Casa avilesa,  
y al que en flecos y penachos  
decora la verde hiedra;  
en la Alhambra teresiana,  
encantadora vivienda,  
donde, entre flores y cantos,  
viven sin duelos ni penas,  
no los altaneros kálifas  
ni las moriscas princesas,  
sino vírgenes cristianas,  
animosas aunque tiernas,

que bizarras se aperciben  
á conquistas gigantescas,  
en tanto que á todas horas,  
de día y de noche sueñan  
con un divino Doncel  
que las regala y festeja;  
en ese bello palacio  
que tanto tesoro encierra  
de sacrificios heróicos,  
de virtud y de inocencia,  
hoy, día quince de Julio,  
tiene lugar grande fiesta,  
pues de un alto emperador  
conquistas y hazañas suenan  
entre los himnos de júbilo  
que el viento esparce do quiera.

## II

· "Viva el alto Emperador,  
las voces puras resuenan,  
viva el valeroso Enrique,  
que, juntando á la pureza  
y humildad marciales bríos,  
descargó la armada diestra  
sobre la altiva cerviz  
de la iniquidad proterva.  
Viva el insigne caudillo  
que, tras mil y mil prohezas  
de valor, que á su corona  
ricos florones agregan,  
sólo suspira piadoso

por la gloriosa diadema  
dé aquella inmortalidad  
siempre antigua y siempre nueva.

Y viva con ese Enrique  
otro que aún vive en la tierra,  
consagrado á pelear  
las mismas nobles peleas,  
con la espada de su celo  
que hasta el corazón penetra,  
con el yelmo de su fe,  
con la armadura completa  
de los fuertes de Israhél,  
á las órdenes de aquella  
invencible Capitana  
y triunfadora Princesa  
que al ejército de Cristo  
siempre á la victoria lleva.  
Viva el caudillo sagrado  
de la legión de doncellas  
que el mundo todo apellida  
"Compañía de Teresa."

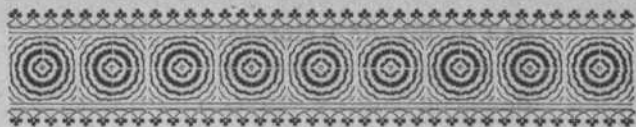
### III

Ya la Alhambra teresiana  
dudosas sombras rodean;  
apagáronse los cantos;  
todo en silencio se queda.  
Sólo la plácida brisa  
mece las flores y juega  
con las ramas de los árboles  
que en torno esparcen esencias.

Un suave rayo de luna,  
cual mirada de amor tierna,  
por un ventanal pasando,  
en la capilla penetra  
do el Angel de la Oración  
sus alas de oro despliega.  
Y de un acento, más suave  
que sonido de arpa etérea,  
se percibe un eco dulce  
que en placer el alma anega.

”Bien hayas, dice, mi apostol,  
bien hayais, castas doncellas,  
animosas heróinas,  
de mi pecho amadas prendas,  
que por Portugal y España,  
por el África y América  
extendeis los blancos pliegues  
de mi salvadora enseña,  
para que el mundo se salve  
y de Cristo esclavo sea.  
Mi más tiernas bendiciones,  
de preciosos frutos llenas,  
recibid en este día,  
que es para mí hermosa fecha,  
porque las fiestas del hijo  
son de la madre las fiestas.”

Y aquel acento más suave  
que el sonido de arpa etérea,  
desvaneciósese espirando  
en la vecina floresta.



## EL CÁNTICO DE LAS PALOMAS

Esta mañana al verter  
el sol sus luces primeras,  
cuando el manso cefirillo  
suspiraba en la arboleda,  
y las aves ensayaban  
sus amorosas querellas,  
y pintadas mariposas  
libaban el dulce néctar  
que en el cáliz de las flores  
más codiciadas encuentran,  
mis ojos levanté al cielo  
y vi ¡dichosa sorpresa!  
que una nube de palomas,  
blancas, rápidas y bellas  
á la luz del nuevo día  
cruzaban el ancha esfera.

—"¿De dó venis, yo les dije,  
candidísimas viajeras?"

—"Venimos, me contestaron,

de Castilla, de Valencia,  
de Aragón, de Cataluña,  
de las ciudades y aldeas  
de España, donde tenemos  
nuestras amadas viviendas.”

Y mientras en raudo vuelo  
miro triste cuál se aleja  
la nube de palomicas  
que me dieron tal respuesta,  
asomar veo allá lejos,  
en el pico de las sierras,  
otro grupo de palomas  
que el rumbo siguen de aquéllas.

—”¿De dó venís? les pregunto.

—”De Portugal, me contestan,  
y marchamos á reunirnos  
con las que delante vuelan,  
hijas todas de una Madre,  
todas hermanitas nuestras.

¿Otro grupo? Sí, otro grupo  
desde la africana tierra  
viene detrás, no ocultando  
el placer que experimentan  
con sus plácidos arrullos  
y el batir del ala trémula  
al respirar los aromas  
del Llobregat y sus huertas.

¿Pero qué es aquel celaje  
de nieve que el sol refleja  
y desde el fondo del mar  
hácia Montjuich se acerca?  
No es ningún celaje, no,



es una bandada espesa  
de palomas, que bien claro  
con su cansancio demuestra  
que viene rompiendo el aire  
de muy remotas riberas.

— "¿De dó venis, palomicas,  
aunque cansadas, contentas,  
con las alas empapadas  
de los efluvios y esencias  
de ese mar donde estampar  
no pudisteis vuestras huellas?"  
— "Llevamos prisa, dijeron,  
pues salidas de la América,  
llegamos muy rezagadas  
por la travesía inmensa,  
y nos cumple con las otras  
celebrar la hermosa fiesta."

Y hácia el verde Tibidabo,  
veloces como saetas,  
se dirigen las aves  
blancas como la azucena.  
Allí todas al juntarse  
celebran vasta asamblea,  
y aun diría que dialogan  
con expresiva elocuencia.

De pronto abaten el vuelo  
de inmenso júbilo llenas;  
de Bonanova la cúpula  
todas reverentes besan,  
y en la Alhambra teresiana  
posan las palomas bellas.

Luego un himno sonoro

hasta los cielos elevan,  
himno que escuchan los Ángeles  
más allá de las estrellas,  
que escucha el mismo Jesús  
absorto en tanta pureza,  
mientras con suave sonrisa  
diciendo está á su Teresa:

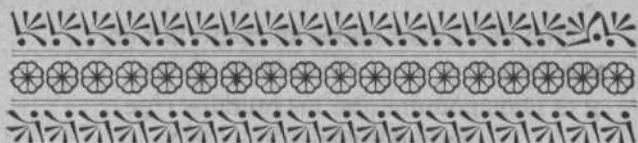
"Oye á tus hijas que cantan  
como cantar saben ellas."

"Bien lo merece mi Apóstol",  
dice la Doctora excelsa.

"Pronto á tu lado has de verle",  
el buen Jesús le contesta.

Y aquel himno sonoro  
con nuevo entusiasmo suena,  
pues de venerado Padre  
y Fundador hoy celebran  
dichas presentes, que auguran  
las bienandanzas eternas.

---



## NUEVA CAPILLA TERESIANA

Suban al cielo en armoniosos ecos  
dulces acentos que el amor inspira,  
voces que el labio contener no sabe,  
himnos de gloria.

Ricos tapices de damasco y seda  
vistan los muros del recinto sacro;  
lancen fulgores, que el cristal refleje,  
lámparas de oro.

Lluvia de flores, alfombrando el suelo,  
llene de esencias el azul ambiente;  
frescas guirnaldas de azahar decoren  
el altar santo.

Nubes de incienso perfumando el ara  
lleven al cielo mil ardientes votos,  
y encubran velos de vapor fragante  
altos misterios.

Que hoy de los cielos se rasgó la nube,  
mostrando el seno de inefable gloria,  
y el Dios potente que los mundos rige  
bajó del alto.

Subió, el primero, del altar las gradas  
Príncipe nuevo de la Santa Iglesia;  
brilló en sus manos del amor la Hostia,  
y aquí quedóse.

Aquí en el fondo de sagrario humilde,  
quiso albergarse el Amador divino;  
sólo los grillos del amor le tienen  
aquí sujeto.

Cánticos nuevos de perpetua gloria  
alzad en este venturoso día,  
vírgenes puras, que sentís los pasos  
de vuestro Esposo.

Junto á vosotras le tenéis viviendo  
oculta y tierna y silenciosa vida:  
ya los latidos de su pecho amante  
podréis contarlos.

Ya de su fuego immaculado y puro  
las vivas llamas miraréis cuál arden;  
y en vuestros pechos dejará que caigan  
brasas divinas.

Ya el Rey del Cielo, á quien servís dichosas,  
entre vosotras colocó su trono;

¡qué dulces voces Él hará que suenen  
á vuestro oído!

Ya en torno suyo mirarán sus ojos  
de su Teresa á las valientes hijas;  
nueva falanje que á luchar se apresta  
contra el infierno.

¡Salve, de Cristo generosa hueste,  
que de Teresa la ambición emulas!  
¡Jesús impere en los corazones todos!  
¡Guerra al abismo!

Suban al cielo en armoniosos ecos  
dulces acentos que el amor inspira,  
voces que el labio contener no sabe,  
himnos de gloria.

---



## DULCES RECUERDOS

Orillas del Tormes  
sentéme una tarde  
llevando en el alma  
impresa la imágen  
de Aquella que ignoro  
si es dama ó es ángel,  
é inspira hechicera  
mis pobres cantares,  
y arranca á mi pecho  
dulcísimos ayes.

El sol escondía  
su disco radiante  
dejando, cual velos  
de gasa, al marcharse  
los más caprichosos  
y ricos celajes,  
que yo ví en las ondas

del Tormes pintarse,  
cual miro en el fondo  
de mi pecho amante  
fielmente pintados  
la gracia y donaire  
de Aquella que ignoro  
si es dama ó es ángel,  
é inspira hechicera  
mis pobres cantares,  
y arranca á mi pecho  
dulcísimos ayes.

Alzaban su vuelo  
las auras errantes  
por aquella verde  
y undisona márgen  
llevando un tesoro  
de olores fragantes  
y fresco rocío  
en sus impalpables  
y rápidas alas,  
que al acariciarme  
la sién con su roce,  
sentía inundarse  
mi pecho de dicha,  
que expresar no cabe:  
creyendo que entonces,  
no sé por cuál arte,  
venía mezclado  
con soplos del aire,  
el soplo de amores  
y aliento inefable

de! Aquella que ignoro  
si es dama ó es ángel  
é inspira hechicera  
mis pobres cantares,  
y arranca á mi pecho  
dulcísimos ayes.

¡Con cuánta delicia  
pasaba la tarde  
mirando del Tormes  
los limpios cristales  
correr á mis plantas,  
llegar y alejarse  
lanzando suspiros  
de amor entrañable,  
que yo comprendía,  
y evocar me place!

Allí entre los juncos  
que á la orilla nacen,  
miraba las ondas  
con gusto pararse,  
mil círculos bellos  
formando incansables  
cual brazos amigos  
que van enlazándose.  
¡Ay! siendo yo presa  
de tiernos afanes,  
miraba en las ondas  
no sé qué linaje  
de besos y abrazos  
sin fin reflejarse:  
finezas, que el alma



llegando á arrobarme,  
tan sólo ser pueden,  
por lo celestiales  
de Aquella que ignoro  
si es dama ó es ángel,  
éjinspira hechicera  
mis pobres cantares  
y arranca á mi pecho  
dulcísimos ayes.

¡Qué ensueños tan dulces!  
Si en momentos tales  
soñaba mi pecho...  
¡Que el sueño no acabe!  
Soñando estaría  
aún creo, si grande  
rumor no viniera  
el sueño á estorbarme.

¿Mas es otro ensueño  
el cuadro brillante  
que observan mis ojos  
sin fin desplegarse?  
Yo veo del Tormes  
las plácidas márgenes  
hinchidas de gentes  
que visten cien trajes  
distintos y áun hablan  
distinto lenguaje!  
Yo veo do quiera  
brillar estandartes  
de dorados pliegues  
que acaricia el aire.

Y cánticos oigo  
solemnes y graves,  
y luego con voces  
más dulces, alzarse  
escucho á lo lejos  
festivos cantares.

¿Qué es esto? ¿Qué pasa  
de alegre y notable  
en estas del Tormes  
orillas sonantes?

Sin duda ninguna  
que todo lo sabe  
Aquella que ignoro  
si es dama ó es ángel,  
é inspira hechicera  
mis pobres cantares,  
y arranca á mi pecho  
dulcísimos ayes.

¿Quién pudo estas gentes  
traer á millares  
de opuestos países,  
de mil varias partes?  
¿Y quién fué el que á todos  
dió cita esta tarde  
en estas orillas  
desde hoy memorables?...

Su mágico nombre  
resuena en los aires,  
repiten las ondas,  
modulan los valles,  
conmueve los pechos

con gozo inefable.  
Su nombre bendito,  
tan dulce y tan suave,  
lo leo en los pliegues  
de cien estandartes,  
lo leo en la arena  
de las frescas márgenes,  
y en todas las hojas  
de todos los árboles,  
y en toda mirada  
y en todo semblante.

¡Teresa! ¡Teresa!  
Mi pecho al nombrarte  
de amor languidece  
y da suspirantes  
y tiernos gemidos  
que dichoso me hacen.  
¿Qué mucho si es éste  
el nombre adorable  
de Aquella que ignoro  
si es dama ó es ángel,  
é inspira hechicera  
mis pobres cantares  
y arranca á mi pecho  
dulcísimos ayes?

---



## EL CORAZÓN DE SANTA TERESA

*(Mercedes enseña á Concepción, su hermanita, una fotografía que representa el Corazón herido y espinado de Santa Teresa de Jesús).*

MER. Acércate, date priesa,  
si quieres ver, Concepción,  
la copia del Corazón  
de la bendita Teresa.

CON. ¡Hermosa fotografía!

*(Contemplándola).*

¿Y es al Corazón igual?

MER. Es copia del natural  
como se conserva hoy día.

CON. ¡Ay Jesús! ¡Qué linda cosa!  
¿Y dónde está ese portento?

MER. Lo guardan en el convento  
de Alba de Tormes, curiosa.

- CON. Deja que lo mire bien...  
*(Lo toma en sus manos).*  
Mas no me basta mirarlo:  
quiero mil veces besarlo...  
*(lo besa repetidas veces).*  
¡Bendito por siempre, amén!
- MER. Déjalo ya, porque creo  
que te lo vas á comer.
- CON. ¿Cómo no lo he de querer?...  
Mas ¿qué esto que aquí veo?  
*(señalando la cisura del Corazón).*
- MER. Dime; ¿qué ves, Concepción?
- CON. ¿Sabrás decir qué figura  
esta especie de abertura  
tan larga en el Corazón?
- MER. Sí, lo sé, hermana querida;  
mamá un día me contó  
que un Serafín se lo hirió  
con una flecha encendida.
- CON. ¡Mira tú, y qué gracia fué esa  
quererla un Angel herir!  
¡Cuánto habría de sufrir  
la pobrecita Teresa!
- MER. Calla, tonta, que el amor  
que Teresa á Dios tenía  
el pecho le consumía  
con inexplicable ardor.  
"Yo muero porque no muero,..  
ella solía decir,  
pues no podía sufrir  
llamas de un ardor tan fiero.  
Y se hubiera muerto, al fin,

hecho el corazón pavesa,  
si á las voces de Teresa  
no acudiese un Serafin,  
que con una flecha de oro,  
llevando en la punta fuego,  
un flechazo le dió luego  
capaz de matar á un toro.

CON. ¿Y no murió de dolor?

MER. ¡Y qué había de morir,  
si comenzaba á vivir  
entonces vida de amor!  
Respirar con toda holgura  
pudo ya el pecho abrasado:  
del volcán antes cerrado  
saltaba la llama pura  
por aquella misma herida  
que el buen Serafin le abrió.

CON. ¿Mas ningún dolor sintió?

MER. Fué tan grande y sin medida,  
tales del Angel las mañas,  
que su saeta al sacarle  
se creyó que iba á arrancarle  
hasta las mismas entrañas.

Pero á la vez era tal  
el deleite que sentía,  
que nunca verse querría  
libre de tan dulce mal.  
¿Entiendes ya, curiosilla,  
la historia de esa abertura  
que, Dios queriéndolo, dura  
cual viviente maravilla?

CON. La entiendo ya; mas deseo

saber el significado  
de esos palillos que al lado  
del Corazón crecer veo.

MER. Esas son, hermana, espinas  
que brotan del Corazón.

CON. ¿Y por qué unas largas son  
y otras muy cortas? ¿Lo atinas?

MER. Es porque brotaron unas  
hace ya tiempo, después  
brotaron las que aquí ves  
más cortitas, y hoy algunas  
formando un haz van saliendo  
por suerte maravillosa.

CON. ¡Será cosa milagrosa!

MER. Todos tal están diciendo.

CON. ¿Y por qué deben brotar  
del Corazón de Teresa?

MER. Hermana, la causa ésa  
yo no me la sé explicar.  
Aunque mamá me decía,  
de la Santa tan devota:  
"¡Ay! cuando una espina brota,  
la Iglesia sufre, hija mía,  
alguna nueva pasión;  
pues de Dios la amante ardiente  
quiere mostrar cuánto siente  
males de la Religión!"

CON. Según á creer me inclinas,  
sufre la Iglesia hoy más penas,  
pues salen hoy á docenas  
del Corazón las espinas.

MER. ¡Ay, y cuán triste verdad

la que acabas de decir!...  
¡Cuándo, oh Dios, se ha de extinguir  
tan horrenda tempestad!

*(Se oye una voz).*

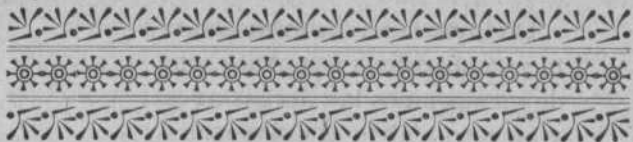
CON. Mamá nos llama, Mercedes.

MER. ¡Ah! nos llama á la oración...

Vamos á orar, Concepción,  
por la Iglesia... No te quedes.

---





## DIANA TERESIANA

Ya en el oriente rayó la Aurora;  
llenar los aires ecos de amor;  
lumbre apacible los montes dora...  
Himnos alcemos á nuestro Dios.

Despertad, hermanas mías,  
y venid á la oración  
á Teresa á dar los días,  
pues su grande fiesta es hoy.  
Despertad.

Huyen las sombras de noche triste;  
puro y radiante se ostenta el sol;  
cielos y tierra, todo se viste  
de immaculado, nuevo esplendor.

Despertad, hermanas mías,  
y venid á la oración  
á Teresa á dar los días,  
pues su grande fiesta es hoy.  
Despertad.

De la mañana las auras suaves  
mecen las ramas con grato són;  
dejan sus nidos las tiernas aves  
y en coro alaban al Criador.

Despertad, hermanas mías,  
y venid á la oración  
á Teresa á dar los días,  
pues su grande fiesta es hoy.  
Despertad.

Abren las flores cálices de oro,  
de sus corolas arde el color,  
y de perfumes rico tesoro,  
como incensarios, alzan á Dios.

Despertad, hermanas mías,  
y venid á la oración  
á Teresa á dar los días,  
pues su grande fiesta es hoy.  
Despertad.

Fuentes y ríos por la espesura  
corriendo exhalan blando rumor;  
hierve y se inflama la linfa pura  
al casto beso de limpio sol.

Despertad, hermanas mías,  
y venid á la oración  
á Teresa á dar los días,  
pues su grande fiesta es hoy.  
Despertad.

De las campanas suena el tañido,  
grito del cielo, eco de Dios;

despierte el alma que se ha dormido,  
al dulce rayo del sacro amor.

Despertad, hermanas mías,  
y venid á la oración  
á Teresa á dar los días,  
pues su grande fiesta es hoy.  
Despertad.



## A LAS PLANTAS DE MARÍA

### I

Cuando los campos se visten  
de matizadas alfombras,  
confundiendo sus colores  
y delicados aromas  
los fragantísimos lirios  
y las perfumadas rosas,  
y brillando como estrellas  
gratos fulgores arroja  
esa pléyade de flores  
que las campiñas adornan,  
y cual ricos incensarios  
mueven las blandas corolas  
y alzan nube de perfumes  
por los valles y las lomas;  
cuando los cielos se extienden  
en lontananzas hermosas,  
y de luz, de azul y de oro

ricos celajes se forman,  
y son tibios los ambientes  
que juegan entre las frondas,  
y la luz cual pura virgen  
se recata en blancas tocas;  
cuando un mundo de existencias  
jóvenes, encantadoras,  
á la mirada del cielo  
fecunda la tierra brota,  
y llénanse los espacios  
de los cantos de la alondra,  
de los murmullos de fuentes,  
de los ruidos de hojas,  
de los suspiros del viento  
y de voces misteriosas  
que exhalan los corazones,  
presa de tiernas memorias,  
¡oh cuán dulce es á la Virgen  
Inmaculada y hermosa  
tejerle de corazones  
inmarcesibles coronas!

## II

Tan sólo cuenta doce años  
la niña triste que dobla  
junto al altar de la Virgen  
las rodillas temblorosas.  
Sollozando está la niña  
del sacro altar á la sombra  
y entre suspiros y llantos  
así á la Virgen invoca:

“Permite, Virgen María,  
que á tus brazos yo me acoja  
perdida la dulce madre,  
que era mi amor y mi gloria.  
¡Ay! la pobre madre mía  
me dejó tan triste y sola!...  
¿Dónde hallar podré consuelo,  
oh Madre mía amorosa?  
¡Madre, sí! Dulce esperanza,  
suave lluvia bienhechora  
que á refrescar viene el pecho  
que la tristeza desola.  
Debajo de verde hierba  
he visto abrir ancha fosa...  
¡Allí descansa mi madre,  
allí está mi antigua gloria!  
Mas tú también, oh María,  
eres madre del que llora,  
y á ti por hija me entrego  
y de ti quiero ser toda.”

Una sonrisa más dulce  
que el despuntar de la aurora  
iluminó de la Virgen  
la graciosísima boca.  
Y también otra sonrisa  
entre alegre y melancólica  
se dibujó entre sus labios,  
aún más frescos que las rosas,  
de Teresa, que muy pronto  
fué de España orgullo y honra.

III

María, dulce consuelo,  
madre tierna y bondadosa,  
no desoigas los clamores  
de las almas que te adoran.  
Si á tus altares se acercan  
á ofrecerte mil coronas,  
y con vistosos festones  
tus limpias aras decoran,  
¡ay! las lágrimas esmaltan  
sus perfumadas corolas;  
que tus hijos están tristes  
y al tejer los ramos lloran.  
Lloran, sí, del mundo impío  
la ingratitude monstruosa  
cuando loco se levanta  
contra la Cruz redentora.  
Lloran las tristes ruinas  
de templos que se desploman  
al embate de los vientos  
que de los infiernos soplan.  
Y lloran el cautiverio  
y la aflicción angustiosa  
del Ungido, que te aclama  
de la Iglesia por Patrona.  
Secad, oh Madre, las lágrimas  
que de nuestros ojos brotan  
y sobre las flores caen  
y sus tintas descoloran.  
Ellas cerca de tu trono

te sabrán decir llorosas,  
la grandeza de dolores  
que nuestras almas devoran.  
Que una sonrisa de dicha,  
perfumándose en tu boca,  
lleve á nuestros corazones  
la alegre paz que no gozan.  
Con nosotros te lo pide  
aquella casta paloma  
que á tus pies obtuvo un día  
cuanto te pidió angustiada.  
Pues concédelo por ella,  
ya que cuanto pide logra,  
ya que tanto tú la quieres,  
omnipotente Señora.

---





## EL RIEGO DE LAS FLORES

Escuchad bellas niñas,  
las que en pueblos, ciudades y campiñas  
gustáis de regar flores,  
y por dicha sentís el alma presa  
en la red de suavísimos amores  
que con gracia sin par tejó Teresa;  
escuchad con agrado  
lo que nunca ni á nadie yo he cantado.

### I

Cuando el sol borda el Oriente  
con matices de oro y grana,  
y de una vecina fuente  
viene el fresquísimo ambiente  
á acariciar su ventana;

Carmen, que guarda su pecho  
libre de vanos amores,

de algún doncel á despecho,  
abandona el blando lecho  
por regar sus lindas flores.

Sobre los cálices de oro  
y los pétalos de nieve,  
con gentil gracia y decoro  
su blanca mano un tesoro  
de perlas líquidas llueve.

Y las corolas lozanas  
cobran colores más vivos,  
y abrazadas como hermanas,  
van columpiándose ufanas  
sobre los tallos altivos.

Y de la cercana loma  
viene el aura con anhelo  
á empaparse en el aroma,  
que si á las flores lo toma  
es para llevarlo al cielo.

Libre de vanos amores  
y viviendo en dulce calma,  
Carmen cultiva las flores,  
después... riega otras mejores,  
que son las flores del alma.

## II

Al tenue fulgor que dora  
la ventana y aposento  
de la niña encantadora,  
ved como de hinojos ora  
postrada en el pavimento.

Con ferviente afán prolijo

sus dulces ojos detiene  
en un santo Crucifijo;  
su pensamiento en él fijo,  
nada á divertirlo viene.

Murmura apenas la fuente,  
encoge el viento sus alas,  
mientras la oración ferviente  
de aquella niña inocente  
cruza las célicas salas.

Teresa, que de su Amado  
vigiló la fértil viña,  
y que en su pecho llagado  
abrió un asilo sagrado  
para la española niña;

Teresa, que escucha atenta  
de la niña la oración,  
la acoge, su ardor aumenta,  
y en el ara la presenta  
del divino Corazón.

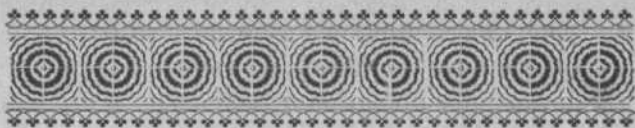
Teresa se ha sonreído...  
De Jesús el pecho amante  
se estremece conmovido,  
y desbórdase crecido,  
sacro raudal al instante.

Saltan de gracia las fuentes  
en el mundo de las almas:  
al borde sus corrientes  
crecen lirios esplendentes,  
místicas rosas y palmas.

De la niña hermosa y pura  
que en su retiro está orando,  
el alma adquiere hermosura

y cobran vida y frescura  
las flores que está regando.

Vuestro color me cautiva,  
me halagan vuestros olores,  
flores, que Carmen cultiva;  
¡haga Dios que mientras viva  
sólo cultive estas flores!



## ADIOS

Amoroso mi pecho suspiraba  
visitarte, oh llagado Corazón;  
apartado de ti, ¡cuánto anhelaba  
bañarme en los incendios de tu amor!

¡Quién fuera tan dichoso, yo decía,  
que pudiera hasta ti poder volar!...  
Y un suspiro lanzaba el alma mía;  
que al ausente es alivio el suspirar.

¡Oh tesoro de llamas celestiales,  
arca santa de amor, perpetuo Abril,  
paraiso de flores virginales  
que abrió á todos hermoso Serafín!

A tus plantas me tienes embargado  
de dicha y de deleite sin igual;  
¡oh qué dulce es estar siempre á tu lado  
y en tu ambiente de amores respirar!

¿Qué tienes, alma mía, que así sientes?  
¿Por qué lates tan fuerte, corazón,  
y llorais, ojos míos, como fuentes,  
lágrimas dulces de sabroso amor?

Despierta de tu sueño tenebroso,  
alma mía, despierta ya á la luz;  
abríos á este cielo esplendoroso,  
sentidos, que cegara denso túl.

Aquí está; ¿no le veis? Su larga herida  
aun parece ensancharse más y más,  
arrojando sin tregua y sin medida  
vivas llamas, cual cráter de un volcán.

Aquí el dardo con ímpetu amoroso  
blandido por el diestro Serafín,  
aun parece se ensaña sin reposo,  
una vez y otras cien tornando á herir.

El fuego que en el dardo va prendido  
parece que su carne quema aún,  
mientras lanza de amor tierno gemido  
Teresa entre los brazos de Jesús.

¡Y aquí le tengo yo! Dejad que allegue  
á este incendio mi frío corazón,  
y sus llamas dulcísimas me pegue,  
y de hoy más viva yo vida de amor.

Mas ¿qué digo, (¡ay de mí!) si he de dejarlo,  
y decirle ya *¡adios!*, por siempre *¡adios!*?...

Al menos se me deje el abrazarlo  
solamente una vez... Después me voy.

Hermoso corazón de mi Teresa,  
toca y quema mi pecho sin piedad;  
que el amor de Jesús lo haga pavesa  
y por él sepa sólo palpar.

¡Adios, por siempre adios, dulce amor mío,  
por quien tanto de lejos suspiré!  
Ya sentí tus ardores; no más frío  
mi pobre corazón ha de tener.

Si un día se apagase el sacro fuego  
que, de ti desprendido, en mí prendió,  
tus espinas á herir me vengan luego,  
y despierte á la vida del amor.

---



## LA ROMERÍA DE SANTA TERESA

### I

A Roma van los romeros,  
los romeros españoles,  
de esperanza y de fe ricos,  
si de otros bienes van pobres.  
Mirad cómo el puerto dejan  
y mirad cómo veloces  
surcan poderosos buques  
las ondas del mar salobre,  
á bordo llevando miles  
de creyentes corazones  
que á Roma vuelan en alas  
de los más santos amores.  
Mirad cómo á semejanza  
de un río que desbordóse,  
por los caminos que llevan  
á la capital del orbe



pasa orando todo un pueblo  
que, aunque desgraciado, es noble.  
Ved de los nuevos cruzados  
las pacíficas legiones  
que, á impulsos de aquella fe  
que, cual traslada los montes,  
así los pueblos traslada,  
marcha á apartadas regiones  
sólo por ver... á un Anciano  
que, aunque débil, preso y pobre,  
tiene una voz que estremece  
de puro, inefable goce  
todos los pechos amantes  
que aquel acento conocen;  
voz potente, á cuyos ecos  
no hay frente que no se doble.  
¡Desgraciado el corazón  
que á aquella voz no responde!  
¡Ay de la frente soberbia  
que al oír la no humillóse!

Marchad, dichosos romeros,  
los romeros españoles,  
id á ver al Padre Santo  
(como le llaman los hombres),  
Vicario de Jesucristo  
(como el mismo Dios llamóle).  
Seguiros, ¡ay!... Tanta dicha  
á nuestras almas negóse;  
pero os siguen y acompañan  
nuestro espíritu y fervores,  
nuestras ansias, nuestros votos,  
nuestro afecto y oraciones.

II

Día de Santa Teresa  
(¿quién sino Dios designóle?)  
van á ver al Padre Santo  
los romeros españoles.  
Prelados y caballeros,  
militares, labradores,  
mujeres, niños y ancianos,  
así ricos como pobres,  
cuantos de España salieron,  
de todas las condiciones,  
sexo y edades aguardan  
al supremo Sacerdote,  
del augusto Vaticano  
en los grandiosos salones.

Padre amoroso que tiene  
sus complacencias mejores  
en bendecir á sus hijos,  
y escuchar sus peticiones,  
sin tardanza el Padre Santo  
franco y sencillo ofrecióse  
en presencia de sus hijos,  
los romeros españoles.

¡Oh celestiales momentos!  
¡Oh sagradas emociones!  
Todos al suelo cayeron,  
cual movidos de un resorte,  
como si fuesen heridos  
de supremos resplandores.  
Como aparición radiante

que se finge un alma joven  
en sus sueños de inocencia  
matizados de albas flores;  
tal semeja el santo Anciano  
sin el fausto de las Cortes,  
pero más bello y más grande  
en su humildísimo porte.

Blancos ya son sus cabellos  
cayendo en bello desorden,  
sus vestiduras son blancas  
cual la nieve de los montes,  
blanco es su semblante y blancos  
son los plácidos fulgores  
de sus serenas pupilas  
y de sus sonrisas, donde  
vese un alma blanca y pura  
toda bañada en candores.

La voz dirige á sus hijos,  
los romeros españoles,  
y aquel eco de ternura  
á despertar viene entonces  
en los conmovidos pechos  
ignoradas emociones.

De los labios del Ungido  
hase desprendido un nombre,  
nombre que en el cielo bordan  
los Querubines con soles,  
y en la tierra con topacios,  
con esmeraldas y flores.

A Teresa, hermosa Virgen,  
mujer de eterno renombre,  
dedica un himno entusiasta

el Pastor de los Pastores.  
Y de orgullo santo henchidos  
los romeros españoles,  
de su gloriosa Paisana  
se proclaman amadores.

¡TERESA! ¡TERESA! dice  
el supremo Sacerdote;  
¡TERESA! ¡TERESA! todos  
aquellos pechos responden.  
Y despertando los ecos  
de aquellos vastos salones,  
van repitiendo: ¡TERESA!...  
¡TERESA! en el cielo oyóse.

### III

Ya vienen... ya están aquí  
los devotos peregrinos,  
los romeros españoles.  
¡Bien venidos! ¡Bien venidos!  
Si se marcharon alegres,  
es mayor su regocijo  
cuando á sus hogares tornan  
del Padre Santo benditos.

Llenos de emoción repiten:  
"¡Le hemos visto! ¡le hemos visto!  
¡Es un ángel! ¡es un santo!  
¡Es del Señor el Ungido!  
Cuando rico en mansedumbre  
amoroso nos bendijo,  
nuestras almas ¡ay! sintieron  
lo que jamás han sentido."

Y los romeros prosiguen  
contando á deudos y amigos  
lo que con sus ojos vieron  
y oyeron con sus oídos.

Desde la Cátedra santa  
habla á su grey, conmovido,  
del Pontífice y de Roma  
el Cura que de allá vino.  
Tal es la unción de su acento,  
tal la fuerza de su estilo,  
que parece brotan llamas  
de su pecho enardecido.

En el hogar de familia,  
formando amoroso círculo  
en torno al padre romero  
la esposa amante y los hijos,  
hace aquél tiernos relatos,  
de interés y encanto ricos,  
dulces pláticas que dejan  
en el alma de los niños  
recuerdos que la fe esmalta  
y que perfuma el cariño.

Mas las pláticas sabrosas  
y los relatos prolijos  
de cuanto en la augusta Roma  
á sus ojos se ha ofrecido,  
hay que marchar á escucharlos  
del anciano peregrino  
que, teniendo en las rodillas  
sentados sus nietecitos,  
cuéntales del Padre Santo,  
tan anciano como él mismo,

las bondades, las ternuras,  
las grandezas, los martirios,  
sus sonrisas, sus miradas  
y su hablar casi divino.  
"Ya puedo morir, les dice  
el anciano conmovido:  
he visto al hombre más santo,  
al Ángel de Dios he visto."  
Y una lágrima se asoma  
por sus párpados caídos,  
y porque llora el abuelo  
se echan á llorar los niños.

Contad, romeros dichosos,  
lo que en Roma habéis sentido,  
habladnos del Padre Santo,  
decidnos lo que os ha dicho.  
Venid, que abrazaros quiero,  
mis venturosos amigos,  
los romeros españoles:  
¡bien venidos! ¡bien venidos!

---



## TRES CORAZONES

Tres corazones heridos,  
heridos por el amor,  
de espinas los tres ceñidos  
y los tres dando gemidos  
de incomprensible dolor:

Tres corazones que ardiendo  
en la misma hoguera están,  
cuyas llamas van subiendo,  
cual las espinas creciendo  
en torno de los tres van:

Tres corazones... dejaron  
al mío su idioma oír:  
el pecho me lastimaron  
cuando así los tres me hablaron  
con la voz de su gemir:

— "¡Ay! ¿Qué puedo más hacer  
por el hombre (uno decía),  
toda mi sangre al verter  
é inmolado todo al ser  
un día tras otro día?

"¿Qué más hacerle pudiera  
este Corazón llagado  
que al instante no lo hiciera?  
¿Qué es lo que al hombre no diera  
quien del todo á sí se ha dado?

"¡Y no obstante, el desamor  
y la ingratitud y el vicio  
son la paga á tanto amor,  
á tan acerbo dolor,  
á tan puro sacrificio!"

"¡Ay de mí! (dijome luego  
otro amante corazón):  
¿Cuándo el mundo loco y ciego  
apagará el vivo fuego  
que alimenta mi pasión?

"A mi paso por el suelo  
mucho amé y mucho sufrí;  
mas se templaba mi duelo  
con la esperanza del Cielo,  
donde muy pronto subí.

"Por nuevo y extraño ser  
mi corazón suspiró;



era mi ansia padecer  
y mil vidas ofrecer  
á Quien el mundo olvidó.

"Y hoy padezco sin medida  
entre abrojos punzadores,  
sin compasión á mi herida;  
que el misterio de mi vida  
es misterio de dolores.

"A mi corazón llagado  
punzarán estas espinas  
hasta que el mundo salvado,  
del Corazón de mi Amado  
arda en las llamas divinas."

— "Amarlos y bendecirlos,  
sus injurias olvidando,  
con mi ternura seguirlos,  
y hasta lograr convertirlos  
siempre por ellos llorando."

Estas palabras dijera  
el último Corazón  
que latir al mío hiciera...  
¡Ay! ¿Cómo olvidar pudiera  
tan regalada emoción?

Sus suaves palpitaciones  
un eco fiel semejaron  
de aquellos dos corazones

que sus sagradas pasiones  
al mío comunicaron.

Entonces al mundo impío  
decir pudo el labio mío:  
"Tu ingratitude ¡cuánto pesa  
sobre el corazón de *Pío*,  
de *Jesús* y de *Teresa!*"

---



## LA ZAGALEJA Y LA FLOR

### I

¿Qué pedís? ¿Alguna historia  
de Teresa y San José?  
Escuchad una que sé  
y guardadla en la memoria.

Era una modesta flor  
que crecía allá en la sombra  
y oculta bajo la alfombra  
de matizado verdor.

Nadie apenas percibía  
el perfume regalado  
que dentro el cáliz guardado  
la flor modesta tenía.

Ni las raudas mariposas,  
de alas de nieve y carmín,  
cuando en círculos sin fin  
rondaban lirios y rosas.

Ni las abejas errantes  
que mil cálices libando,  
iban su panal formando  
con las esencias fragantes.

Ni las auras que pasaban,  
acariciando las hojas  
de flores gualdas y rojas  
que el verde suelo esmaltaban.

Ni las zagalas sencillas  
que para tejer guirnaldas  
recogían en sus faldas  
mil campestres florecillas.

Nadie, nadie imaginaba  
que en el rincón escondido  
y bajo el césped florido  
tan linda flor se ocultaba,

hasta que una zagaleja  
de sin igual donosura,  
que en lo bella y en lo pura  
muy atrás á todos deja,  
á todo el mundo asombrado  
la modesta flor mostró,  
y al mundo todo dejó,  
con su olor, embalsamado.

## II

Mohinas me preguntáis  
qué significa esta historia.  
¡Válgame el Rey de la Gloria,  
y qué dormidas estáis!  
¿Quién puede ser esa flor

que de todós se ocultaba,  
aunque en su cáliz guardaba  
tanta riqueza de olor,

sino el Señor San José,  
bella flor del paraíso,  
que, porque oculto estar quiso,  
apenas honrado fué?

Otras flores, otros Santos  
á las almas atraían,  
mientras ocultos yacían  
de San José los encantos.

Hasta que linda y traviesa,  
como son las pastorcillas,  
(¿la conocéis? ¡picarillas!)  
al mundo vino Teresa.

Y con aquel no sé qué  
de gracejo y de primor,  
dijo: "Ved la humilde flor,  
ved al Señor San José."

Y de esencias peregrinas  
se llenaron los ambientes,  
pues fueron todas las gentes  
desde entonces josefinas.

Al salir de su sorpresa  
clamó el mundo conmovido:  
"¡Si á José hemos conocido,  
lo debemos á Teresa!"

---



## ENSUEÑOS DE UN ÁNGEL

### I

"Yo quiero, madre mía,  
morirme pronto,  
porque quiero ir al cielo,  
al cielo hermoso.  
Allí me espera,  
con la Virgen y el Niño,  
Santa Teresa."

Esto una bella niña  
dijo á su madre  
una tarde de Mayo,  
¡hermosa tarde!  
cuando las rosas  
envían á los cielos  
más dulce aroma.

La madre se sonríe;  
pero entre tanto

una lágrima asoma  
entre sus párpados.  
Luego suspira  
y la abraza, diciendo:  
"¡Ay hija mía!"

II

"Madre mía, ¡qué ensueño  
tan bello y dulce  
he tenido esta noche!  
¡Qué ensueño tuve!  
Me gustó tanto  
que quisiera estar siempre,  
siempre soñando.

"Soñaba con el cielo,  
y entre los Ángeles  
y la Virgen y el Niño  
me hallaba, madre;  
allí muy cerca  
de Jesús vi que estaba  
Santa Teresa..."

Esto dijo la niña  
en el crepúsculo  
de una ardorosa tarde  
del mes de Julio,  
cuando las rosas  
apenas si exhalaban  
fragante aroma.

En silencio la madre  
oyó á su hija:  
en reir se esforzaba,  
mas no podía;  
bien que contenta,  
la niña soñadora  
estaba enferma.

III

"Madre mía, no llores,  
que voy al cielo;  
ver al Niño y la Virgen  
muy pronto espero.  
¡Qué dicha, madre!  
Ya los Ángeles vienen  
luego á buscarme."

Un rumor misterioso  
oyóse de alas,  
la niña sonreía...  
¡Qué hermosa estabal—  
"¡Murió!" dijeron;  
"No, exclamó un sacerdote;  
¡vive en el cielo!"

A mediados de Octubre  
murió la niña:  
era el plazo fijado  
por ella misma:  
Santa Teresa  
quiso verla en el cielo  
en su gran fiesta.





## LA BIENVENIDA

Bien venida, bien venida,  
oh Teresa esclarecida,  
que te dignas complacida  
nuestro suelo visitar;

ya que en nuestra patria amada  
quieres fijar la morada  
de tu imagen agraciada  
que es bellísima sin par.

Tu bello paso apresura  
sobre alfombras de verdura  
que tendieron con ternura  
corazones mil y mil:

todos ellos á millares  
con guirnaldas y cantares  
y festejos singulares  
te vienen á recibir.



Alzaremos aquí un trono  
digno de real princesa  
para ti, noble Teresa,  
donde brille tu beldad.

Mas ¿qué digo? ¿qué es un trono?  
Ciento, mil tendrás si vienes:  
en cada casa uno tienes  
y en cada pecho un altar.

¿No ves, hermosa Teresa,  
encanto de corazones,  
cómo llueven bendiciones  
sobre tu gentil beldad?

¿No ves como el pueblo todo  
lleno de contento espera  
contemplar por vez primera  
tu hermosura y tu bondad?

Estos campos reflorece  
porque pasas tú por ellos:  
son los árboles más bellos  
y es el cielo más azul.

Porque pasó por tus labios  
hoy es más grato el ambiente,  
y es el sol más refulgente  
porque ha copiado tu luz.

¿No ves, querida Teresa,  
cómo las gentes se agitan  
y al contemplarte palpitan  
sus pechos de amor sin fin?

Pero ¿á quién no le enamora  
esa tu gracia y hechizo,  
si el mismo Dios que te hizo  
enamoróse de ti?

"Sólo por ti, mi Teresa,  
el mundo hubiera criado,"  
te repitió enamorado  
Jesús presa de tu amor.

Sólo por ti, ¡oh gran Teresa!,  
gozamos en este día;  
tú eres hoy nuestra alegría,  
nuestra dicha y nuestro honor.

Tú los corazones robas  
á los grandes y los niños;  
á ti ofrece sus cariños  
el hombre cual la mujer.

En pos van de tus perfumes  
coros sin fin de doncellas  
que van pisando tus huellas  
y tus hijas quieren ser.

Somos tus hijas amantes  
las que tu escolta formamos,  
y más que todos te amamos,  
encantador Serafín.

Para obsequiarte traemos  
flores de sin par belleza,  
ricas de amor y pureza,  
cogidas en tu jardín.

Mira que hemos levantado  
para tí un trono esplendente,  
en donde brilles clemente  
como un astro bienhechor.

A tus plantas dejaremos  
nuestros más preciados dones,  
que son nuestros corazones,  
nuestra vida, nuestro amor.

Entra, pues, graciosa Virgen,  
encantadora Avilesa;  
entra ya, gentil Teresa,  
de nuestras almas imán.

Mira que obsequiarte ansía  
todo el pueblo alborozado;  
mira que el templo sagrado  
tus puertas te ha abierto ya.

---



## LA ESPIGADERA TERESIANA

¡Válgame Dios, qué calor!  
Quema el aire, el suelo abrasa;  
ni un soplo de viento pasa  
que mitigue tanto ardor.

De sus ardientes alturas  
lanza el sol dardos de fuego,  
que bajan á incendiar luego  
montes, valles y llanuras.

Doblan su frente las flores  
á la luz abrasadora;  
pero las espigas dora,  
y cantan los segadores.

Cubiertos van de sudor  
cortando la rubia miés,  
para disfrutar después  
de abundancia, paz y amor.

Observad cuán placentera  
llevando largos manojos  
de espigas, por los rastrojos  
va la linda espigadera.

El sol tuesta su mejilla  
y en sudor baña su frente;  
mas la fatiga no siente  
y hace crecer la gavilla.

Las aves se han escondido  
allá en la verde ribera;  
mas canta la espigadera  
y á aquellas echo en olvido.

Su alma bella, sin enojos,  
llena está de ideas santas.  
¡Qué extraño que halle á sus plantas  
sólo rosas sin abrojos!

Siente un soplo de frescura  
que el corazón le acaricia:  
es misteriosa delicia  
que penetra su alma pura.

Escuchad, buenas amigas,  
la voz de la espigadera,  
mientras cual corza ligera  
anda recogiendo espigas:

”De ser niña muy traviesa  
cierto te has acreditado

cuando tu planta has fijado  
en estos montes, Teresa.

"Hemos visto tu sonrisa  
alumbrar este horizonte,  
y por el llano y el monte  
tu nombre ha dicho la brisa.

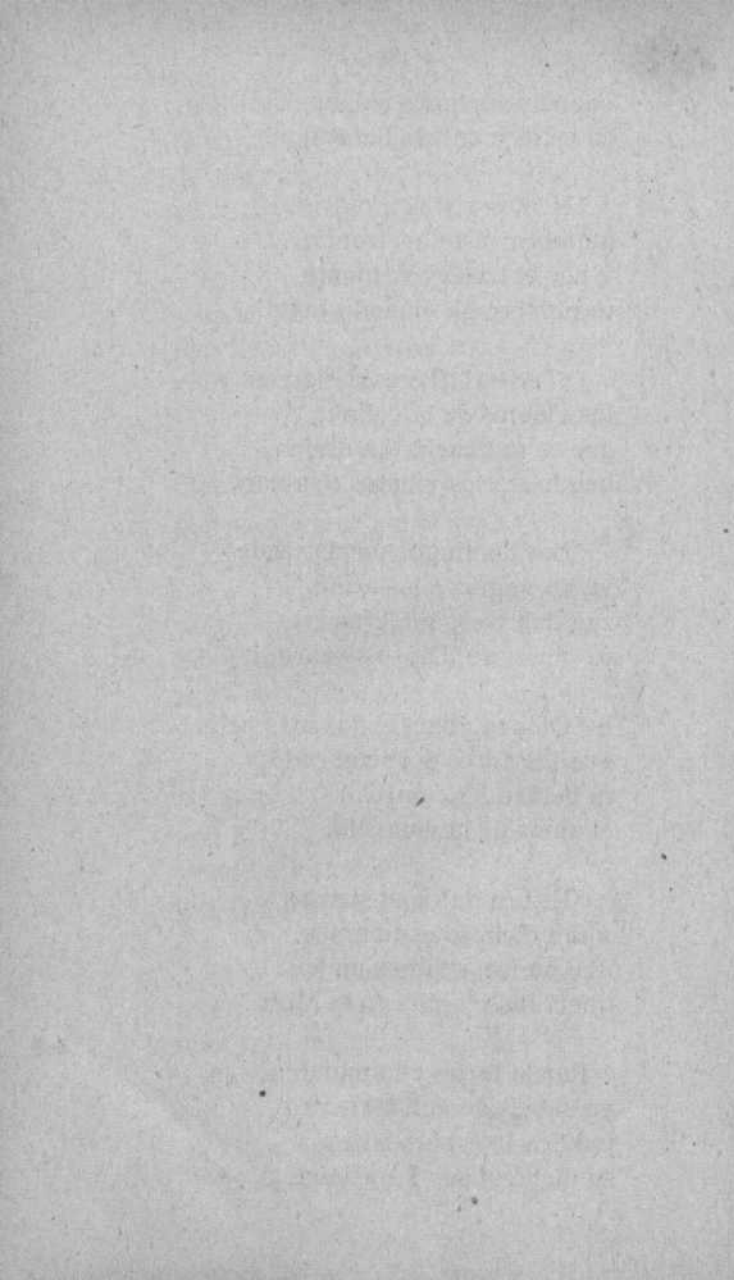
"¡Teresa! ¡Teresa! claman  
los vientos de la colina,  
que es tu gracia tan divina  
que hasta los vientos te aman.

"Los domingos por la tarde  
ya no vamos á las eras;  
zagalas y espigaderas  
te saludan: "Dios te guarde;

"Dios te guarde, flor más bella  
que las flores del sembrado;  
tu beldad ha cautivado  
el amor de la doncella.

"Es tan dulce tu sonrisa  
y tan dichoso es tu amor,  
que nunca estamos mejor  
que á tus plantas en la Misa."

Por la tarde y la mañana  
ya sabéis de qué manera  
publica la espigadera  
su dicha al ser Teresiana.

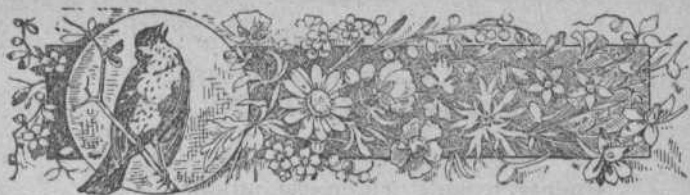




LA HIJA PREDILECTA DE MARÍA

LEYENDA





## LA HIJA PREDILECTA DE MARÍA

### INVOCACIÓN

Auras calladas que, vertiendo aromas,  
ráudas bajáis de las vecinas lomas,  
    prestadme vuestro són:  
que en apacible soledad y calma,  
á la sombra del pino y de la palma,  
    alzar quiero mi voz.

Tranquilo mar, que veo allá á lo lejos  
resplandecer del sol á los reflejos,  
    cual límpido cristal:  
embebecido en tu apacible arrullo,  
quiero en mis cantos tu gentil murmullo  
    hacerlo resonar.

Avecillas dichosas de estos valles  
que entre sombrías y enramadas calles  
    alzais himnos sin fin,

poblando de armonías la espesura:  
vuestros tonos de mágica dulzura  
yo quiero repetir.

Fuentecicas de origen escondido  
que manais con mansísimo rúido  
de la montaña al pié:  
vuestra voz, de suspiros impregnada,  
con el són de mi lira concertada  
deseo entreteger.

Solemnes salmodías del desierto  
que en silencioso, arrobador concierto  
yo siento resbalar,  
como el eco de místicas plegarias;  
venid, severas voces solitarias,  
y en mis cuerdas sonad.

Tañidos de campana de la ermita,  
fervorosa oración del Carmelita  
que escucho con placer  
de la tarde en el plácido misterio,  
al tornar al augusto monasterio:  
yo os copiaré también.

De San Juan de la Cruz y de Teresa,  
en cuyo corazón, de amor pavesa,  
reinó sólo Jesús,  
quiero evocar los cánticos de amores;  
que en tan puros, divinos trovadores,  
se inspira mi laúd.

De la flor más preciosa del Carmelo  
las gracias con que ornarla quiso el cielo  
yo quise contemplar:  
sus perfumes mi lira arrebataron...  
las cuerdas por sí solas palpitaron;  
¿sabéis cómo?... Escuchad.

I

LAS PRIMERAS LÁGRIMAS

Miradla: apenas doce años  
habrá cumplido la niña,  
que saliendo de su casa  
á la de Dios se encamina.  
Viste luto riguroso  
y sin embargo cautiva,  
si una vez se la contempla,  
su hermosura peregrina.  
Es difícil haya en Ávila  
una muchacha tan linda.  
Es airoso ya su talle,  
su frente espaciosa y limpia,  
fresca y graciosa su boca  
y rosadas sus megillas,  
que sombrean en contorno  
los pliegues de su mantilla.  
Semeja ligera corza  
que apenas el suelo pisa,  
cándida estrella naciente,  
ó hermosa flor de la vida,  
que abre sus pétalos de oro

al rayo que la ilumina.  
Dulces ensueños de rosa  
cual ráudas mariposillas  
deben de arrullar su frente  
y con su halago adormirla  
para verter en su pecho  
embriagadoras delicias.

¿Por qué al templo se dirige  
tan presurosa la niña?  
¿Por qué dejó el blando lecho  
siendo tan de mañanita,  
que apenas el primer toque  
anunció la primer misa?  
Tal vez la espera en el templo  
alguna piadosa amiga,  
cuyo tierno afecto mútuo  
se ennoblece y santifica  
al pie del altar sagrado,  
donde, en efusiones íntimas,  
al mismo Dios amoroso  
hacen las súplicas mismas.  
O tal vez allí la aguarda  
su adorada madrecita  
que, mientras todos aún duermen,  
al Señor ya le dedica  
sus primeros pensamientos  
y de su amor las primicias,  
para consagrarse luego,  
de gracias enriquecida,  
en el templo de su casa  
al culto de la familia.  
Tal vez va... ¿Pero quién sabe

por qué tan de mañanita  
á la iglesia se dirige  
tan presurosa la niña?

Sigámosla, que del templo  
el cancel traspasa lista,  
y cruzando la ancha nave  
donde, á través de la ojiva,  
con el fulgor de las lámparas  
lucha ya el albor del día,  
en la sombra que proyecta  
el arco de una capilla,  
tan bella como devota  
arrodíllase la niña.

En el altar se distingue,  
de Serafines ceñida,  
dulce, clemente, piadosa  
una imagen de María.  
En sus miradas hay algo  
que consuela al que la mira,  
si el que se postra á sus plantas  
de consuelos necesita.

Mas ¿qué tiene que parece  
que está llorando la niña?  
Escuchemos por si acaso  
nos lo revela ella misma  
cuando á la bendita Virgen  
así le cuenta sus cuítas.

II

PLEGARIA

Sola, triste, sin consuelo  
vesme aquí, Reina del cielo  
y Madre del bello amor;  
que, desgarrado mi pecho,  
é insomne, riego mi lecho  
con lágrimas de dolor.

Era ayer cuando solía  
venir aquí cada día  
tus auxilios á implorar;  
ayer era cuando apenas  
sabiendo lo que eran penas,  
ya te venía á rezar.

Tu protección imploraba,  
Madre entonces te llamaba  
sin tal nombre comprender.  
Rodeada de delicias  
mil inocentes caricias  
sólo te sabía hacer.

Es que á mi lado de hinojos  
y en ti fijando sus ojos  
mi madre estaba ¡ay de mí!  
¿Cómo imaginar cuitada  
que ventura tan colmada  
desapareciera así?



De negras sombras un velo  
entre la tierra y el cielo  
he visto cual se extendió;  
y en mi congoja profunda  
noche eterna me circunda,  
y sin luz me pierdo yo.

¡Oscuridad horrorosa!  
Ni una estrella fulgurosa  
veo en el cielo lucir.  
Todo para mí se acaba;  
sin la madre que adoraba  
¿qué falta sino morir?

Mas yo tu auxilio reclamo,  
Virgen del cielo, á quien amo  
como mi madre te amó.  
"Acude siempre á María  
(mi madre ya me decía),  
que ella te ama como yo."

A Ti acudo, pues que sabes  
del dolor las penas graves,  
Virgen piadosa, calmar.  
Si hay alivio á mis dolores  
sólo Tú, Virgen de amores,  
los podrás pronto aliviar.

Tú que tierna, sola y triste  
amargas penas sufriste  
al pié de la santa cruz,  
cuando, de clavos pendiente,

viste morir inocente  
á tu amor, tu gloria y luz,

una lágrima del llanto  
que vertiste en tu quebranto,  
temple mi amargo dolor;  
pues por hija me adoptaste  
y en tu seno me abrazaste  
con ardentísimo amor.

¡Madre mía! ¡Madre mía!...  
Te quiere así el alma mía  
en adelante llamar.  
¡Ay, qué cambio experimento,  
qué dulce consuelo siento,  
tu pura frente al mirar!

¡Mándame así, Madre buena,  
de tu mirada serena  
el dulce y casto fulgor!  
¡Cómo vienen tus caricias  
á inundarme de delicias,  
Madre de mi Salvador!

Huérfana y triste en el suelo  
en demanda de consuelo  
á Tí siempre acudiré.  
Si hácia mí vuelves los ojos,  
los punzadores abrojos  
del mundo no temeré.

Si me abaten los pesares,  
humillada á tus altares,

Madre mía, me verás.  
En todo combate rudo  
tú serás mi fuerte escudo,  
mi salvadora serás.

Y cual hija, á quien no cuadre  
sino obsequiar á su Madre,  
ser su corona y su honor;  
yo tus glorias proclamando  
y tu culto dilatando  
quiero probarte mi amor.

### III

#### TENTACIÓN

Una dulce sonrisa encantadora  
dibujóse en los labios de escarlata  
de la Madre de Dios, así que oyera  
de la piadosa niña la plegaria;  
declarando con esto el dulce agrado  
que su pecho sentía al adoptarla  
por hija singular de su cariño,  
ya que de madre huérfana quedaba.

Bajo los pliegues de su sacro manto,  
puerto seguro de inocentes almas,  
feliz cual nunca, la gentil Teresa  
pasa los días en gozosa calma.  
Temerosa avecilla que halló el nido  
tras el crudo furor de la borrasca  
y entre amorosos mimos maternos  
con suaves trinos su ventura canta;

tal la niña en el seno de dulzuras  
con que Dios compasivo le brindara,  
alejado el dolor, bebe torrentes  
de delicias suavísimas y castas.

¡Hermosos días de placer henchidos!  
¡Horas alegres, que burlando el alma  
cual mariposas de carmin y de oro  
fascinando los ojos huyen ráudas!  
¿Quién al mirar las deliciosas flores  
de cándida inocencia deshojadas  
no deplora ¡ay de mí! su eden perdido  
que aquilones furiosos asolaran?  
¡Dichosa el alma que siguió tan sólo  
sendas de lirios y azucenas albas,  
y aspirando perfumes virginales  
del mundo huyó mortíferos miasmas!  
¡Feliz Teresa, que al amparo siempre  
de su Madre María, sólo exhala  
el suave olor de célicas virtudes  
con que á todos cautiva y arrebató?  
¿Quién puede resistir al atractivo  
de sus sublimes y hechiceras gracias  
que iluminan sus ojos y semblante,  
de su espíritu hermoso desbordadas?

Crece en edad y en perfecciones crece,  
orgullo y gloria de su noble patria:  
por dichosos se tienen los donceles  
que una vez consiguieron contemplarla:  
de su hogar en el dulce apartamiento  
vive á Dios y al trabajo dedicada:  
ni en los bailes ni en fiestas ni torneos  
se ve la flor de su beldad temprana.

Sólo una prima alegre y bulliciosa penetra en el recinto de su casa : como conoce bien las buenas partes y el sentir de Teresa, observa cauta, se insinúa en su pecho dulcemente y la entretiene con honestas pláticas. Mas, jóven que persigue vanidades y pasatiempos peligrosos ama, al poco tiempo con mayor holgura de galanteos con su prima trata, y á su inocente, candoroso pecho descubre un nuevo mundo en lontananza.

De carácter abierto y generoso, de rica fantasía que se exalta ante todo lo grande, y de excelente ingenio peregrino al ser dotada, se complace Teresa embebecida en leer las heróicas hazañas de valientes y apuestos paladines que las novelas de su siglo narran. ¡ Con qué deleite y avidéz sus ojos en escondida y silenciosa estancia recorren de sus libros favoritos las seductoras y elegantes páginas ! Huélgase sobre todo la lectora y su dicha mayor está cifrada en tener libro nuevo donde pueda su mente enardecida y entusiasta, cual ave al columbrar ancho horizonte, en libre vuelo desplegar sus alas.

Mas ¡ ay que en tales libros, bajo flores ponzoñosa serpiente se recata

que ó hiere el corazón inadvertido  
ó acaso turba y adormece el alma!  
Suspiros y ternezas amorosas,  
lances donde el amor victoria canta,  
aventuras de ardientes amadores  
de dó huyó la pureza avergozada:  
narrado todo en armoniosas rimas  
y en ritmos suaves que el oído encantan,  
¿cómo no herir el candoroso pecho  
de la doncella que los lee incauta?

El corazón sensible y amoroso  
de la noble Teresa de Ahumada  
siéntese arrebatado por ondas suaves,  
que se pueden tornar grillos de plata.  
Voces son de sirena engañadora  
que promete infinitas bienandanzas  
para inferir con golpe más certero  
la muerte á los que fian de palabras.  
Escúchalas Teresa, y su malicia,  
niña inexperta, á comprender no alcanza...

Mas ya no brilla con fulgor tan vivo  
del amor á su Dios la intensa llama;  
ama á la Virgen, si; ¿cómo pudiera  
á su Madre dulcísima no amarla?  
Mas no cual antes cariñosa y tierna  
en su obsequio solícita se afana.  
De unos primos, mancebos principales,  
á quien su padre franqueó la casa,  
los prolijos coloquios la entretienen  
y gusta en prolongar amantes pláticas.  
Fijase ya en su cuerpo primoroso  
que hartó encarece por dó quier la fama,

y una á una el espejo complacido  
le desmenuza sus gentiles gracias.  
Con preciosos vestidos y joyeles  
sus juveniles formas engalana,  
y en ámbar y esencias olorosas  
cabello y manos cada día baña.

¿Hacia donde dirígesse tu vuelo,  
tierna paloma de nacientes alas,  
lejos del nido delicioso donde  
en mar de dicha el corazón nadaba?  
Abierto está el regazo de tu Madre,  
fuente amorosa de perennes aguas:  
¿no escuchas sus acentos, que en gemidos  
trocó el desvío de su hija amada?

#### IV

##### VOCACIÓN

Está de fiesta el Carmelo,  
de gozo sus cumbres saltan,  
vistosas flores esmaltan  
su privilegiado suelo.

Nuevos cánticos de amores  
resuenan por sus vertientes;  
llevan dó quier los ambientes  
los perfumes de las flores.

Por las graciosas colinas  
corrientes aguas descienden;  
las aves su vuelo tienden  
á las ondas cristalinas.

A bandadas las palomas  
por sus márgenes blanquean;  
avecillas mil recrean  
valles, vertientes y lomas.

Todo es ventura y placer  
en el monte de María;  
de tan inmensa alegría  
¿cuál la causa puede ser?

Tras la tenebrosa noche,  
rica de encantos y olor,  
una hermosísima flor  
ha abierto su casto broche.

Una paloma, tesoro  
de candidez y hermosura,  
ha volado hasta la altura  
del carmelitano coro.

Cuando sólo en pos de galas  
cruzaba el ancho horizonte,  
al descubrir este monte  
plegó aquí sus leves alas.

Bajo el manto de María,  
su tierna Madre del alma,  
Teresa halló dulce calma  
que el munpo le negaría.

Con pecho aquí agradecido  
su fiel memoria repasa



los beneficios sin tasa  
que por María ha obtenido.

Recuerda el precioso ejemplo  
que aquellos que el sér le dieran  
religiosos le ofrecieran  
en el hogar y en el templo.

Mientras su madre rezaba  
con fervor extraordinario,  
las cuentas de su rosario  
ella de niña pasaba.

Recuerda con embeleso  
que de la Vírgen bendita  
á una imágen su manita  
le enviaba un dulce beso.

Y no olvida su memoria  
que al mirar la tumba abierta  
que tragó á su madre muerta  
tras ir el alma á la Gloria.

Por suave impulso arrastrada  
á aquella imágen voló,  
y con llanto le pidió  
que fuese su Madre amada.

Y como la fresca brisa  
halaga á las lindas flores,  
así templó sus dolores  
de la Vírgen la sonrisa.

Y recuerda que después  
cuando el mundo la llamaba  
é insidioso preparaba  
lazos sin fin á sus piés.

Ella, aunque lejos huía  
por la ancha senda del mundo,  
oyó un acento profundo...  
Era la voz de María.

De su favor la eficacia  
continúa en recordar,  
sobre todo al visitar  
"Nuestra Señora de Gracia."

Gracia, sí, y gracia cumplida  
en aquel convento halló  
donde su alma aprendió  
lecciones de eterna vida.

Gracia de su Madre tierna,  
que ordenar las gracias sabe,  
gracia que fué como llave  
de su bienandanza eterna.

Una estrella (¡gran misterio!)  
vieron las monjas brillar  
poco antes de penetrar  
Teresa en el monasterio.

Y para ser clara muestra  
de lo que después pasó,

la estrella en el pecho entró  
de la que fué su maestra.

Con nobilísimo empeño  
la virtud logró emular  
de la vírgen ejemplar,  
doña María Briceño.

De la piedad la dulzura,  
que de encarecer no cesa,  
gustó el alma de Teresa  
en tan amada clausura.

Allí con grata emoción  
su espíritu transformado  
sintió el toque delicado  
de la santa vocación.

¡Pura estrella sacrosanta  
que su porvenir alumbra  
y esclarece la penumbra  
que del mundo se levanta!

De María entre los brazos  
mientras con placer se mira,  
ya su corazón suspira  
por contraer nuevos lazos.

Hija es fiel y cariñosa  
de María por derecho,  
más quiere serlo de hecho  
siendo de Jesús esposa.

Y logra tales intentos  
entrando en *La Encarnación*,  
en donde su corazón  
halla inefables contentos.—

De gratitud y alegría  
embriagada su memoria,  
así recuerda la historia  
del amparo de María.

Y paloma enamorada,  
pura cual rosa en capullo,  
festeja con dulce arrullo  
á su Madre idolatrada.

## V

### TINIEBLAS

¡Padecer ó morir! Este es el grito  
del alma de Teresa:  
tan sublime lección jamás oída  
el amor se la enseña.

¡Padecer ó morir! Estas las glorias  
que la Virgen anhela,  
las joyas y atavíos de la esposa,  
sus delicias secretas.

¡Padecer ó morir! Esta es el hambre  
y sed que experimenta;  
del dolor los peldaños misteriosos  
subir quiere ligera.

En el mar de amarguras que María  
cruzó con faz serena,  
cual náufrago batel quiere perderse  
de sus aguas sedienta.

Su espíritu se temple y fortalece  
en tan divina escuela;  
sólo al golpe del bárbaro martillo  
se labra bien la piedra.

Adornada de todas las virtudes  
y rica de paciencia,  
¡cuán hermosa á los ojos de su Amado  
ofrécese Teresa!—

Mas eres inconstante en tus deseos,  
oh corazón de tierra,  
que á la merced de vientos encontrados  
polvo liviano vuelas.

Tiene Teresa un corazón amante  
y blando cual la cera,  
que tras lo bueno con ardiente impulso  
se lanza cual saeta.

Un alma á los favores tan sensible  
al nacer recibiera,  
que parece el respiro de su vida  
la gratitud en ella.

Con tan nobles y hermosos sentimientos  
Sátán le hace la guerra;  
la virtud es el cebo con que trata  
de vencer á Teresa.

econoce un ardid tan peligroso  
avisada y discreta;  
y, cual siempre, es su pérfido enemigo  
vencido en la pelea.

Mas ¡ay! que aguardan á la tierna Vírgen  
más terribles contiendas:

luchar debe con Dios, su Esposo amado,  
que lejos huye de ella.

Ya no siente el aroma delicioso  
de su amable presencia,  
ni los dulces sonidos de su boca  
su espíritu enagenan.

Ya no trata con él como solía  
enamorada y tierna,  
como trata el esposo con la esposa  
en pláticas secretas.

Esquivo la dejó el Esposo amado  
en soledad desierta,  
de larga y temerosa noche obscura  
vagando en las tinieblas.

¿A dónde convertir los turbios ojos  
en noche tan eterna?

¿A dónde dirigir con voz doliente  
sus amorosas quejas?

Suspira congojosa, en vano llama  
á su adorada prenda;  
pues nadie le responde, y de la noche  
las sombras más se espesan.

"Yo deseo vivir, porque no vivo  
(exclamaba Teresa);

con la sombra de muerte yo peleo;  
¡quién la vida me diera!

¿Hasta cuándo, Señor? Dime, ¿hasta cuándo  
han de durar mis penas?

No olvides que mi mal tan sólo puede  
curarlo tu presencia."—

Así exhala sus íntimos dolores  
y congojas extremas  
esta tierna paloma á quien aflige  
el grave mal de ausencia.  
¡Veinte años de dolor inexplicable  
y amarguras acerbas!  
¡Veinte años de mortales arideces!  
¡Veinte años de tinieblas!  
"Padecer ó morir," era el deseo  
de esta Virgen intrépida;  
"Padecer, no morir," quiere su Esposo  
que por ahora sea.  
Abrevarse logró en el mar profundo  
de amarguras inmensas,  
en donde ya abrevárase María,  
su dulce Madre buena.  
De la Madre de Dios, cual hija amante,  
seguir quiso las huellas...  
La aurora esplendorosa sólo brilla  
detrás de noche negra.

## VI

### EL DARDO DE ORO

Pasó el invierno aterido  
con su cortejo de horrores;  
el campo ya está florido,  
saltan las aves del nido  
y cantan himnos de amores.

Sus yemas rompe la higuera;  
las tiernas vides florecen;

las auras de primavera  
cruzando monte y ribera  
las verdes guirnaldas mecen.

Su refulgente cabello  
tendió el sol, y huyó la bruma;  
y el vivísimo destello  
pinta alegre el pensil bello  
y del pájaro la pluma.

Pasó el invierno también  
para el alma de Teresa,  
que tras tempestades cien,  
descansa en plácido edén,  
que amante favonio besa.

"Vén del árido desierto  
(le dijo su Esposo amado);  
vén de deleites al huerto  
en donde el bien encubierto  
por mí va á serte mostrado.

"Aquí en deliciosa calma  
que tu Amado te previno,  
debajo el cedro y la palma  
será embriagada tu alma  
de amor con el dulce vino.

"Y todo lo de este suelo  
puesto en olvido profundo,  
vivirás vida del cielo,  
y ardiendo en llamas de celo  
podrás incendiar el mundo."—



Así le dijo el Esposo:  
y á su pecho reclinada  
en blando sueño amoroso,  
bebe el vino misterioso  
Teresa, de amor llagada.

¡Qué secretos superiores  
ve suspendida del brazo  
de Jesús! ¡Qué altos favores,  
qué delicias interiores  
goza en el místico abrazo!

¡Exigencia cariñosa!  
El Amador inefable  
quiere que ninguna cosa  
trate con hombres su Esposa:  
sólo con Angeles hable.

Tratando con el Señor  
es tan familiar su tono,  
que nunca ha hablado el amor  
el lenguaje encantador  
de su sublime abandono.

"Tampoco os faltaré yo  
"si á mí Vos no me faltais  
"(decirle á Dios no temió);  
"haced (después añadió)  
"lo que os digo, si me amais.

"Negociar, comer, dormir,  
"me es grandísimo tormento  
"(solía también decir);

"porque no puedo sufrir  
"estar sin Vos un momento."

Y le añadía hechicera:  
"Ya de esconderos no habeis;  
"que si de Vos me escondiera,  
"¿creeis Vos que lo sufriera  
"el amor que me teneis?"

Glorioso y resplandeciente  
Jesús se ofrece á sus ojos;  
la acaricia dulcemente,  
y ella bebiendo en la fuente  
por todo otro bien siente enojos.

De amor puro enardecida,  
siente el corazon estrecho,  
y con ansia desmedida  
vivir de amor nueva vida  
quisiera con nuevo pecho.

Resistir Jesús no puede  
á tan amante delirio;  
de Teresa al ruego cede,  
y el favor que le concede  
mezcla es de gloria y martirio.

De amor y gracia tesoro,  
un Serafín baja luego  
desde su encumbrado coro:  
el dardo que lleva es de oro,  
y su punta ardiente fuego.

Y acercándose á Teresa,  
diestro de herir en el arte,  
el dardo vibra con priesa,  
y el corazón le atraviesa  
sin piedad, de parte á parte.

¡Oh sabroso parasismo!  
¡Oh heridas de amor extrañas!  
De dulzura en el abismo  
siente que el Serafín mismo  
va á arrancarle las entrañas.

Tan intenso es su dolor,  
que morir teme en seguida;  
mas ¡oh misterio de amor!  
Siente en la pena un dulzor  
que es su gloria y es su vida.

¡Víctima inocente y pura!  
Su volcán de amor respira  
por la anchurosa abertura;  
la llama sube á la altura,  
y absorto el Cielo la mira.

Hecho el corazón pavesa  
por el fuego que lo inflama,  
apercíbese Teresa  
á la magnífica empresa  
á que su Esposo la llama.

Sin duda que aun ser debía  
más endiosada y perfecta

la Virgen... á quien María  
amante proclamaría  
por su Hija predilecta.

## VII

### EL CARMELO

¡Oh monte de María floreciente!  
¡Deleitabile, amenísimo Carmelo,  
que gracioso y gentil alzas la frente,  
coronada de flores, hasta el cielo!

¡Oh valles deliciosos siempre frescos,  
esmaltados de rosas purpurinas!  
¡Oh felices vergeles pintorescos,  
regados por cien fuentes cristalinas!

De almas justas y vírgenes millares  
aquí la dicha suspirada hallaron;  
aquí en dulces, armónicos cantares  
las grandezas de Dios siempre sonaron.

De un aura pura al refrescante oreo,  
el alma halló sublimes energías  
allí donde en fervor creció Eliseo  
y el celo triunfador brilló de Elías.

Aquella, á quien el fúlgido Querube  
y el Serafín atienden diligentes,  
aquí llovió cual fecundante nube  
de su gracia las plácidas corrientes.

Y bordando de espléndidos colores  
el hondo valle y la empinada loma,  
aquí brotaron siempre hermosas flores  
de celestial y delicado aroma.

Mas el río de límpidos raudales  
que baja de las cumbres del Carmelo,  
la pureza perdió de sus cristales  
al deslizarse por el hondo suelo.

El aroma del cáliz derramado  
á embalsamar fugaz el aura viene;  
mas luego por el aire dilatado  
su pristina dulzura ya no tiene.

De los siglos el curso, que se aleja  
vencedor de los hombres poderoso,  
profundos surcos donde quiera deja,  
cual las huellas de bárbaro coloso.

Mas hay almas de alientos soberanos,  
á quien Dios con divina complacencia  
escogió para hollar de los humanos  
la razón y consejos de prudencia.

Espíritus sublimes, que tocados  
por la mano de Dios omnipotente,  
con invencible ardor son empujados  
á encauzar de los siglos la corriente.

Teresa de Jesús, que ardiente aspira  
á elevarse cual águila hasta el cielo,

cuando el Carmelo de su tiempo mira,  
y recordando lo que fué el Carmelo:

del Profeta los místicos ardores,  
y el fervor del antiguo cenobita,  
aquel eterno abril, rico de flores,  
aquella sed de amores infinita,

con nueva florescencia verlos quiere  
revivir en el monte de María;—  
que la fe en muchas almas ve que muere,  
y en muchas otras la piedad se enfría.

¡Proyecto colosal, gigante empresa  
que al hombre más audaz le diera espanto,  
y que acomete la inmortal Teresa  
inflamada por Dios en celo santo!

El mundo, de estupor sobrecogido,  
no sabe qué decir; espera y calla:  
el infierno de horror se ha estremecido  
y se apercibe á sin igual batalla.

Contra débil mujer todos se alzaron  
armados de ira y perversión no poca;  
de ilusa y revoltosa la trataron,  
osando hasta decir... que estaba loca.

La Madre de Jesús, que siempre cura  
de la Hija de su amor; rica en piedades,  
cual iris bello que la calma augura  
en medio de deshechas tempestades,

se aparece á Teresa, y con acento empapado de amor y de terneza, la infunde grande y poderoso aliento para obrar con invicta fortaleza.

Bañado el rostro en celestial encanto y en ella sus miradas de amor fijas, vióla Teresa desplegar su manto en torno de ella y sus amadas hijas.

De su hermosa Asunción era el gran día cuando, radiante de gloriosa lumbre, ve que descende la inmortal María de la celeste y bienhadada cumbre.

Y á sus ojos atónitos mostrando el tesoro de glorias inefables que al lado de Jesús está gozando, arrobada por siglos perdurables,

en su abrasado pecho el fuego aviva y la sed de su espíritu acrecienta por beber en la fuente de agua viva, por cuya posesión vive y alienta.

Entre tanto, al sentir como es su pecho por tan dulces consuelos confortado, ¿qué le importa que brame de despecho el mundo en contra de ella conjurado?

Como madre tiernísima que agota sus caricias y halagos maternales

cuando á la prenda de su afecto nota  
cercada de amarguras y de males,

así María compasiva vierte  
sobre Teresa múltiples favores,  
y la senda de espinas le convierte  
en blanda alfombra de olorosas flores.

En éxtasis de amor arrebatada  
ve otra vez á la Virgen casta y bella  
que, de blancos cendales adornada,  
amable y cariñosa va hácia ella.

La acompaña José, su casto esposo,  
con rostro de bondad y de cariño,  
y le visten los dos manto glorioso,  
que vence en resplandor al albo armiño.

La toma de la mano la Señora,  
con suavísimas voces la regala,  
y sonriente, con gracia encantadora  
ciñe su cuerpo de esplendente gala.

En redor de su cuello con decoro  
extendió, rico en fúlgidos cambiantes,  
precioso y deslumbrante collar de oro,  
del cual pende una cruz de diamantes.

Pero es tal la riqueza y resplandores  
de estas joyas, al cielo arrebatadas,  
que todas las del mundo, aún las mejores,  
son estiércol con ellas comparadas.



Grandísimo deleite el alma inunda  
de la dichosa Virgen avilesa.  
¡Qué indecible fruición! ¡qué paz profunda,  
tras de tanto favor siente Teresa!

Prometióle María que á su lado  
andaría Jesús, y que en el rudo  
combate en contra suya desatado,  
Ella sería su invencible escudo;

le añadió que gran gozo recibía  
viendo á José por ella tan honrado,  
y que en toda ocasión protegería  
el convento á su Esposo consagrado;

y anuncióle, por fin, que, del Carmelo  
renovados los místicos verdores,  
atrio sería del dichoso Cielo  
la Reforma á sus santos seguidores.

## VIII

### GALARDÓN

Ya el honor de Jesús ha vindicado  
Teresa, como esposa verdadera:  
¿por ventura no fué su Esposo amado  
quien tal encargo con amor le hiciera  
cuando, en aras del místico y sagrado  
desposorio, su mano le ofreciera  
un clavo, cuya punta enrojecida  
estaba con la sangre de la herida?

De la flor más preciosa del Carmelo  
los perfumes á España embalsamaron;  
eriales pedregosos, por su celo  
en amenos jardines se trocaron;  
en alas de entusiasta y vivo anhelo  
tras su aroma las vírgenes volaron...  
El cielo de placer se sonreía  
al florecer el monte de María.

Celestial *andariega*, sin sosiego  
los campos atraviesa y poblaciones,  
á impulsos de aquel sacro y puro fuego  
con que anhela incendiar los corazones.  
Mira á su paso levantarse luego  
la piedad, que engrandece á las naciones;  
florece la virtud y fructifica  
en torno de los Claustros que edifica.

Por sus virtudes y saber profundo  
«asombrosa mujer» todos la llaman:  
los prelados y príncipes del mundo  
de su carácter la grandeza aclaman;  
el inmortal Felipe sin segundo  
(aunque todos *Segundo* le proclaman)  
de dos mundos las riendas sosteniendo  
quiere honrarse á esta Virgen escribiendo.

Mas los recios trabajos y dolores  
que bordaron el lienzo de su vida,  
y las ánsias de bienes superiores  
que abrieron en su pecho intensa herida,  
aumentando la fuerza y los rigores . . .

con impetus de llama comprimida,  
de su cuerpo las fuerzas agotaron  
y su frente purísima doblaron.

La enamorada Esposa languidece  
á merced del amor que la devora:  
si la luz de sus ojos anochece,  
si la flor de su tez se descolora,  
el alba eterna en resplandores crece,  
de los cielos despunta ya la aurora  
á Teresa que, rotos leves lazos,  
de su amado Jesús vuela á los brazos.

De José y de Jesús acompañada  
María amorosísima desciende:  
lanza á Teresa maternal mirada,  
cariñoso lenguaje que ella entiende;  
en forma de paloma nacarada  
el alma de Teresa el vuelo emprende...  
¡Qué hermosa por los aires ascendía  
reclinada en los brazos de María!

#### CONCLUSIÓN

Perdona, oh Teresa, si quise cantarte;  
muy rudo fué el canto; ¿qué puedo hacer yo?  
Si logro algún día mejor agradarte,  
ventura más alta no espero ya, no.

No escuches, Teresa, los pobres sonidos  
que exhalan las cuerdas del ronco laud;

prefiero que escuches los tiernos latidos  
que lanza mi pecho al cantar tu virtud.

No culpes, oh Virgen, mi grande osadía;  
bien sabes que á todo se atreve el amor:  
miré tu hermosura... callar no podía...  
Y tuya es la culpa, mas no del cantor.

---

CÁNTICOS





## A SANTA TERESA DE JESÚS

### CORO

Gloria, gloria sin fin á Teresa,  
que de Cristo vindica el honor,  
y á su Grey, de dolores opresa,  
le devuelve paz, dicha y amor.

### ESTROFAS

Altos hechos, gigantes hazañas  
esclarecen la tierra española,  
mas su honor máspreciado en tí sola  
ha cifrado, oh Teresa inmortal.

Astros ricos de lumbre y de gloria  
en su cielo radiar vió Castilla:  
más que todos hay uno que brilla,  
y es Teresa tan gran luminar.

"Velarás por mi honor que es el tuyo,"  
á Teresa el Señor dijo un día,  
viendo al mundo que ciego se hundía  
en las simas que abriera Satán.  
A la voz de su Esposo, Teresa  
se levanta, y con brazo gigante  
"¡Atrás!" dice, al ruín protestante...  
Y la España no osó mancillar.

De Jesús los altares sagrados  
el hereje en escombros convierte,  
deseando en tinieblas de muerte  
á la tierra otra vez sumergir;  
mas Teresa, de celo abrasada,  
siembra el mundo de templos y altares,  
donde á Cristo se elevan cantares  
de alabanza y de gloria sin fin.

De su pluma sin par brota un río  
de sublime, inspirada doctrina,  
que las nieblas del alma ilumina  
con segura y clarísima luz;  
con su ayuda elevar podrá el alma  
de morada en morada su vuelo  
á la cima del monte Carmelo  
que cultiva el divino Jesús.

El amor en que siente abrasarse  
y la ausencia de Dios, que la oprime,  
enardecen su mente sublime,  
y una cítara de oro empuñó.  
De deleite y asombro embargados,



sus cantares los hombres oyeron,  
los Querubes sus arpas rompieron,  
y á su Esposa Jesús sonrió.

Apoyada en el brazo potente  
de su Dios, que la esfuerza y ayuda,  
en hollar animosa no duda  
del infierno y del mundo el poder.  
Al sentir soberanos alientos  
agitando su pecho, Teresa  
por menguada desprecia la empresa  
que no es alta, imposible tal vez.

Flor celeste entre mil escogida,  
tanta gracia y perfume atesora,  
que la llaman gentil robadora  
de las almas que á ver acertó.  
De su hechizo y donaire cautivos.  
mil y mil corazones se vieron,  
y sus redes de amor bendijeron,  
siendo redes tendidas por Dios.

Orgullosa estar puede la España  
de tener á tan grande Heroína,  
ante quien toda frente se inclina  
por sus luces, virtud y beldad.  
Si olvidando la España á Teresa  
los laureles ajó de su historia,  
aún le esperan jornadas de gloria  
desplegando su enseña triunfal.

Con ferviente entusiasmo la aclaman  
donde quiera por Madre y Patrona,

y le ciñen radiante corona  
las doncellas del suelo español:  
al olor de sus suaves perfumes  
van en coros pisando sus huellas,  
y Teresa inspirando va en ellas  
su pureza y seráfico amor.

---



## HIMNO

### DE LA PEREGRINACIÓN TERESIANA

#### CORO

Teresa, que de España  
la fe salvaste un día  
matando la herejía,  
nutriendo la piedad:

La España te demanda  
tu auxilio soberano,  
y al Rey del Vaticano  
alcanza libertad.

#### ESTROFAS

##### 1.<sup>a</sup>

Violentas tempestades—azotan la barquilla  
del sucesor de Pedro,—que abandonado fué,

y á Tí sus manos alzan—los hijos de Castilla,  
martillo del hereje—y Apóstol de la fe.

2.<sup>a</sup>

Da luz á estas tinieblas,—ataja ya este fuego,  
disipa la tormenta,—sosiega a questo mar,  
la fuerza de tu brazo—que el mundo vea luego,  
rompiendo las cadenas—que al Papa oprimen ¡ay!

3.<sup>a</sup>

De hispanos peregrinos,—que fueron á millares  
tu Cuna y tu Sepulcro—devotos á adorar,  
escucha las plegarias—y férvidos cantares  
que á Tí su gran Patrona—dirigen sin cesar.

---



## CÁNTICO DE LA COMPAÑÍA TERESIANA

### CORO

De Teresa el pendón levantemos  
y esforzadas sigamos en pos:  
el reinado de Cristo ensanchemos,  
las batallas librando de Dios.

### ESTROFAS

#### 1.<sup>a</sup>

No se olvida Teresa de España,  
cual no olvida la madre á sus hijos,  
y advirtiéndolos sus males prolijos,  
madre tierna los quiere curar:  
aún su pecho de amor abrasado  
sacro fuego dó quiera desprende

y en sus llamas mil pechos enciende  
que se aprestan con brío á luchar.

2.<sup>a</sup>

Satanás iracundo suscita  
cada día nefandas legiones  
que, atizando insensatas pasiones,  
borrar quieren virtudes y fe.  
Mas Teresa que vela y no duerme  
de la Iglesia en el alta muralla,  
nuevas huestes ordena en batalla,  
que hollarán del infierno el poder.

3.<sup>a</sup>

"Venid, dice, las almas reales;  
"venid, pechos, de Cristo amadores;  
"ya mi enseña radiando fulgores  
"desplegada á los vientos mirad.  
"Jésus, Rey inmortal de los siglos,  
"os ciñó de invencible armadura:  
"¡de Satán destruid la impostura!  
"¡brille el sol de la fe y la verdad!"

---



## EL CLAUSTRO

Salve, sagrado—nido de amores,  
jardín cerrado—de los aromas,  
edén oculto—de eternas flores,  
donde se anidan—castas palomas,  
donde se olvidan—fieros dolores:  
almo silencio—de este retiro,  
de mi instrumento  
oye el suspiro.

Tú que dilatas,—Angel celeste,  
lloviendo gratas—consolaciones,  
sobre este Claustro—cándida veste,  
lejos lanzando—luz de ilusiones,  
sonido infando,—soplo de peste;  
Angel custodio—de este retiro,  
de mi instrumento  
oye el suspiro.

Tú que la pluma—mueves ligera  
cual leve espuma—y ampo de nieve,  
y al dulce halago—de tu hechicera  
ala, que meces—con rumor leve,  
al alma ofreces—paz verdadera:  
genio callado—de este retiro,  
de mi instrumento  
oye el suspiro.

Tibiòs destellos,—que con desmayo  
al cruzar bellos—la celosía,  
los corredores—al débil rayo  
bañáis en suave—melancolia;  
copiar no os sabe—la luz de Mayo:  
mística lumbre—de este retiro,  
de mi instrumento  
oye el suspiro.

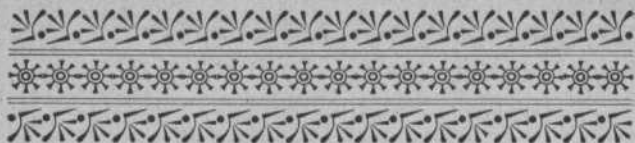
Tú vagarosa—que el vuelo emprendes  
cabe la rosa,—lirio y jazmines,  
y que no turbas,—si el ala tiendes,  
la eterna calma—de estos jardines,  
en donde el alma—más bien suspendes:  
aura apacible—de este retiro,  
de mi instrumento  
oye el suspiro.

Salve, sagrado—nido de amores,  
jardín cerrado—de los aromas,  
edén oculto—de eternas flores,  
donde se anidan—castas palomas,



donde se olvidan—fieros dolores:  
almo silencio—de este retiro,  
de mi instrumento  
oye el suspiro.

---



## DESPEDIDA

DE LAS JÓVENES CATÓLICAS Á SUS QUERIDAS MADRES  
MARÍA INMACULADA Y TERESA DE JESÚS

Tierna María, Madre adorada,  
bálsamo suave del corazón,  
al levantarse de esa tu grada,  
piden tus hijas una mirada,  
prenda segura de protección.

Sólo un suspiro que amor expresa,  
pueden tus hijas hoy exalar,  
al despedirse de tí, ¡oh Teresa!;  
sólo un suspiro, que ardiente besa,  
tu alegre rostro, lindo sin par.

A Dios, Teresa, Madre querida;  
¡cuán triste cosa decirte á Dios!  
Deja que entremos por esa herida  
á vivir siempre tu misma vida,  
de tus amores volando en pos.

FIN

---

---

# NOTAS

---

## ¿LA CONOCÉIS?

El primer número de la revista religiosa titulada *Santa Teresa de Jesús*, en cuya portada ya ví la imagen de la Santa, y en cuyas páginas leí un bellissimo retrato á la pluma de la insigne Doctora, me inspiró estos versos. Estaba yo á la sazón enfermo, y sólo Dios sabe el indecible consuelo y purísimo placer que me proporcionó la lectura de aquel cuaderno, que mi bueno y queridísimo amigo D. Enrique de Ossó, director y fundador que fué de la citada *Revista*, me mandaba. ¿Cómo no dedicarle, pues, estos versos como ligera expresión de mi tierna y profunda gratitud?

## DEL EBRO AL VALDEMEMBRA

Dediqué esta ligera composición al recuerdo de una joven teresiana que desde Tortosa voló al convento de Carmelitas Descalzas, de Villanueva de la Jara, diócesis de Cuenca, fundado por Santa Teresa. Como mi malogrado amigo D. Enrique de Ossó y el que escribe estas líneas se dirigian por primera vez á Alba de Tormes, con el objeto que ya se puede suponer, pudieron acompañar á la postulante en su largo viaje. Teresa se llamaba ésta en el siglo, y sor Teresa de Jesús se llama también ahora, al tener la dicha de habitar en aquel Convento del Milagro, que es como se le llamaba, y del cual conserva mi corazón los más dulces, santos é inolvidables recuerdos.

Valdemembra es el nombre del río que pasa junto á aquella población.

## LOS SECRETOS DE UN ALMA

«Dicen que Santa Teresa  
Es de Jesús secretaria;  
Guarda por Dios, Santa mía,  
Los secretos de mi alma.»

Esta canción la oí yo cantar á una niña devota de la Santa. Como tantas otras, no cabe duda de que pertenecerá al cancionero, todavía inédito en gran parte, cuyas composiciones anónimas se hallan archivadas en la memoria del pueblo español. Como quiera que el carácter de Santa Teresa fué eminentemente popular, y su devoción lo sea de cada día más, ¿qué extraño que la musa popular cante á la graciosísima y amada Teresa de Jesús?

Como pueden ver los lectores, el asunto de esta composición está inspirado en este precioso cantar.

## LA ENAMORADA

«Dicen que Santa Teresa  
Cura mal de enamorados;  
Puede ser buena la Santa,  
Pero á mí no me ha curado.»

Hé aquí otro de los cantares teresianos recogido de labios del pueblo. Fundándome en él, he tejido esta pequeña leyenda, en la cual introduzco á una niña que, habiendo sido mal herida por los mentirosos amores del mundo, se contempla luego curada, y no sólo curada, sino presa de los divinos amores, gracias á la devoción que profesaba á Santa Teresa de Jesús. Así, todo resulta más verdadero, y se hace justicia á la Santa, que esos y otros milagros suele hacer, como podrían atestiguarlo no pocas almas.

## AL PIE DE SU REJA

«Teresita, Teresita,  
una y mil veces Teresa,  
me tienes *enteresado*  
de los pies á la cabeza».

Esta graciosa canción, que oí cantar á una joven, me propuse comentar en esta composición, la cual no figura en la edición anterior de este libro.

## ROMANCE CASI MORISCO

Me refiero en estos versos al Colegio Primario que las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús tiene en San Gervasio y cuyo edificio bautizó con el nombre de *Alhambra Teresiana* el Excmo. Sr. Obispo de Lérida, Dr. D. José Mesequer y Costa, tan ferviente devoto de Santa Teresa. Recuerdo en esta composición los respetuosos y merecidos obsequios que en la fiesta de San Enrique tributaban las Hermanas á su venerado Padre y fundador, D. Enrique.

Al mismo asunto se refiere la composición que sigue titulada «El Cántico de las Palomas.» Tampoco figuraban en la edición anterior.

## DIANA TERESIANA

Inspirado estuvo mi buen amigo D. Juan Llatse al escribir la música para estos versos. Sumamente sencilla, pero por todo extremo delicada es la melodía de esta composición, que no se cansan de cantar los Coros de jóvenes teresianas.

## LA ROMERÍA DE SANTA TERESA

Escribí estos versos inmediatamente después que se verificó esta que pudo realmente llamarse grandiosa manifestación de la fe española, en Octubre de 1876. No tuve la dichosa suerte de poderme contar en el número de aquellos peregrinos; pero fui con ellos en espíritu, y encerré en esta composición algo de lo que yo sentía sobre el particular.

## LA HIJA PREDILECTA DE MARÍA

Esta leyenda la escribí en el *Desierto de las Palmas*, florido oasis teresiano, en donde varias veces estuve en compañía de mi inolvidable y venerado amigo Rdo. D. Enrique de Ossó (que santa Gloria haya). Mientras en aquella «pacible y sagrada soledad meditaba él sus notables trabajos apostólicos y escribía preciosos libros ascéticos, yo me entretenía escribiendo

á la sombra del pino y de la palma

desaliñados versos, que aun así merecían su aprobación y agrado. ¿Cómo no, si iban dirigidos á su amada Santa Teresa de Jesús?

## CÁNTICOS

El primero y quinto están puestos en música por el Maestro Compositor D. Felipe Pedrell; el segundo por D. Cándido Candi, y el tercero por el Pbro. D. Juan Llatse.

¡Ojalá esta sencilla colección de romances y cantares, mereciendo la bendición de Jesús y su Teresa, despierte y avive sentimientos de devoción y amor á las cosas celestiales en los corazones de la Juventud cristiana, alejándola de frívolas y pecaminosas lecturas, que estragan el corazón y pervierten las almas!

### LAUDETUR JESUSCRISTUS

Barcelona 27 de Agosto de 1902, fiesta de la Transverberación del Corazón da Santa Teresa de Jesús.

FIN DE LAS NOTAS

---

---

## ÍNDICE

---

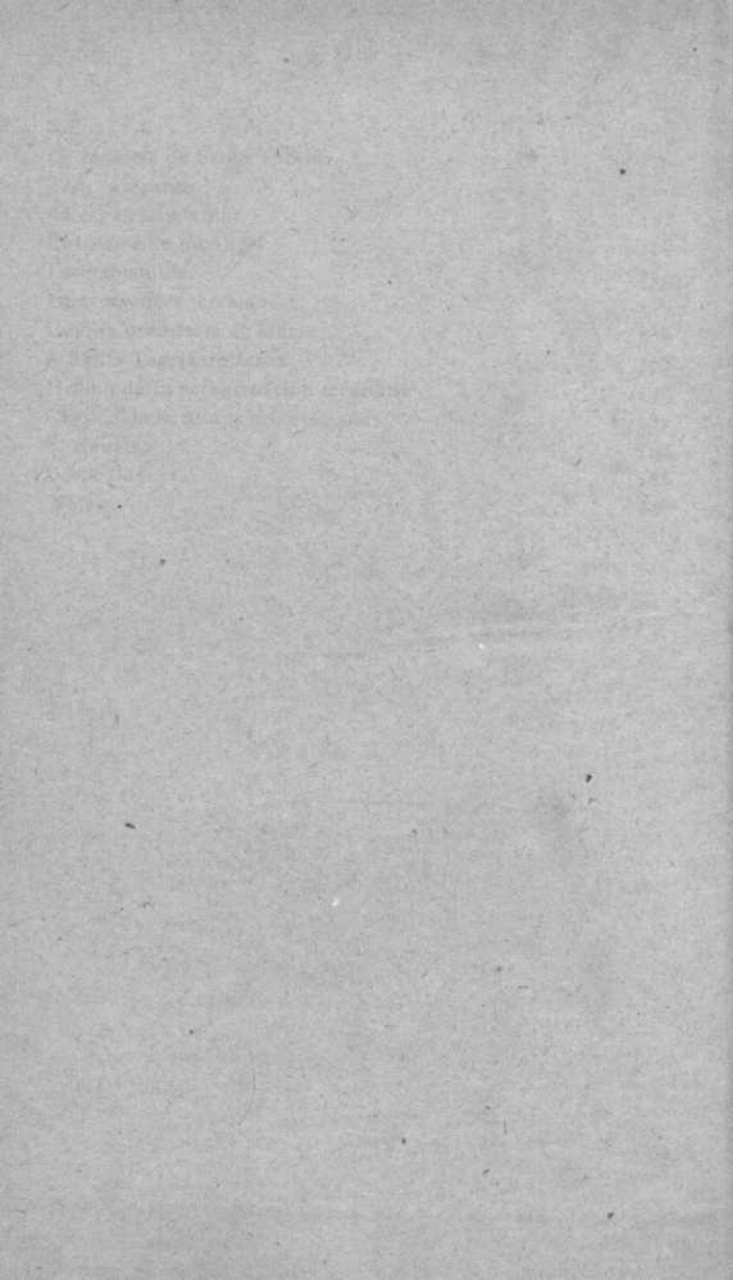
	<u>Págs.</u>
Preludios . . . . .	1
¿La conocéis? . . . . .	7
El palomarcito . . . . .	11
Su nombre . . . . .	16
El pendón de Santa Teresa . . . . .	20
El día grande. . . . .	24
Una caricia á Jesús de Teresa . . . . .	31
Su lira . . . . .	36
Del Ebro al Valdemembra . . . . .	40
A las plantas de Santa Teresa . . . . .	44
Los secretos de un alma . . . . .	49
A Santa Teresa de Jesús . . . . .	54
La enamorada . . . . .	57
Santa Teresa de Jesús . . . . .	63
Al pie de su reja . . . . .	65
Ilustre peregrino . . . . .	71
Romance casi morisco . . . . .	75
El cántico de las palomas . . . . .	79
Nueva capilla teresiana . . . . .	83
Dulces recuerdos. . . . .	86
El Corazón de Santa Teresa . . . . .	92
Diana teresiana . . . . .	97
A las plantas de María . . . . .	100
El riego de las flores . . . . .	105

	<u>Págs.</u>
Adios . . . . .	109
La romería de Santa Teresa . . . . .	112
Tres corazones . . . . .	119
La zagaleja y la flor . . . . .	123
Ensueños de un ángel . . . . .	126
La bienvenida . . . . .	129
La espigadera teresiana . . . . .	133
La hija predilecta de María . . . . .	139
A Santa Teresa de Jesús . . . . .	175
Himno de la peregrinación teresiana . . . . .	179
Cántico de la compañía teresiana . . . . .	181
El claustro . . . . .	183
Despedida . . . . .	186
Notas . . . . .	187

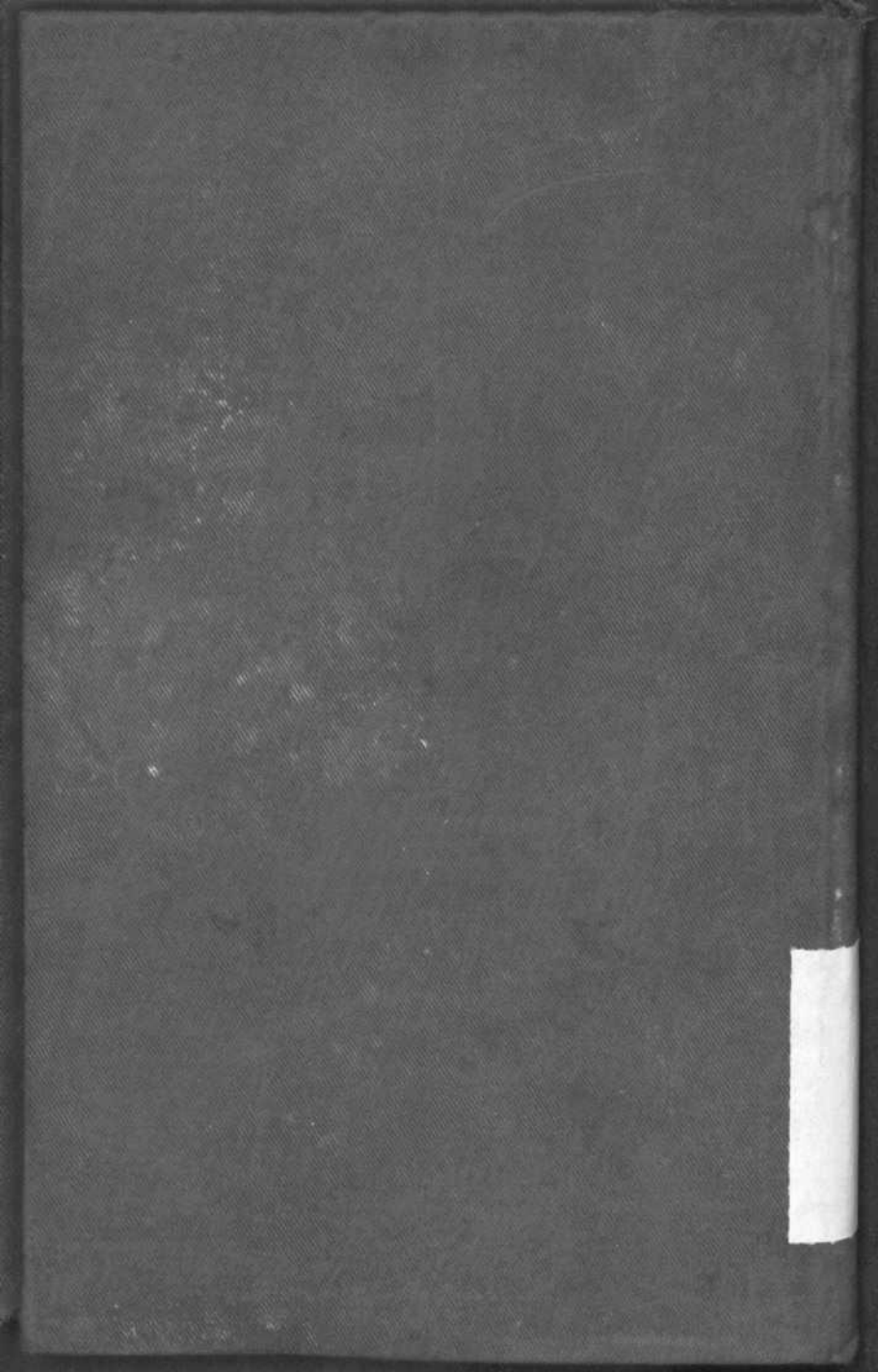
---











G 35278